

JOSE MUÑOZ ROMAN

*¡5 minutos
nada menos!*

5 MINUTOS NADA MENOS

OPERETA CÓMICA EN DOS ACTOS

MUSICA DEL MAESTRO
JACINTO GUERRERO

PRIMERA EDICION

MADRID
Gráficas VELASCO HERMANOS
Bravo Murillo, núm. 30

1944



¡5 MINUTOS NADA MENOS!

OPERETA CÓMICA EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE

JOSE MUÑOZ ROMAN

MÚSICA DEL MAESTRO

JACINTO GUERRERO



ESTRENADA EN EL **TEATRO MARTIN**, DE MADRID,
LA NOCHE DEL 21 DE ENERO DE 1944

PRIMERA EDICIÓN

MADRID
Gráficas VELASCO HERMANOS
Bravo Murillo, núm. 30

1944

12081N ADAM ZOTERON

1972 FEB 23 10 30 AM

ADAM ZOTERON

1972 FEB 23 10 30 AM

ADAM ZOTERON

ES PROPIEDAD
RESERVADOS LOS DERECHOS

ADAM ZOTERON

A Pepe Morales Darias,
que se rie con mis obras más
que nadie, y disfruta con
mis éxitos más que yo
Con un fraternal abrazo

Jacinto Guerrero

Tpo de Paso-doble

à Pepe, Pe pe mo rales, que es un a mi go de los ca bales..

Jacinto Guerrero
1944

REPARTO

PERSONAJES

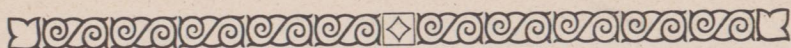
MARÍA ROSA.....
ARACELI.....
ACACIA.....
NIEVES.....
DOÑA SOLEDAD.....
HORTENSIA.....
GITANA.....
DONCELLA.....
BOTONES.....
REPORTERA 1.^a.....
IDEM 2.^a.....
IDEM 3.^a.....
FLORIÁN.....
DON PITO.....
DON JUSTO.....
FELIPE.....
DON CÁNDIDO.....
TAPIA.....
BAUTISTA.....
MANZANO.....

INTERPRETES

Maruja Tomás.
Maruja Tamayo.
Pilar Díaz.
Sara Fenor.
Elvira López Muñoz.
Yoni.
Sara Fenor.
Carmen López.
Paquita Márquez.
Charito Alvarez.
Isabel Sánchez.
Carmina Rodríguez.
Carlos Casaravilla.
José Alvarez Lepe.
Pepe Bárcenas.
Luis Heredia.
Rafael Cervera.
Tomás González.
Juan Eguiluz.
Manuel Lombardero.

Dirección plástica: Víctor María Cortezo.—Vestuario: Modas Capistrós y Humberto Cornejo.—Decorados: Viuda de López y Muñoz, Giovanini y Ressti.—Muebles: Jesús Mateos.—Maquinaria: Pablo Anguera.—Luminotecnia: Fernando Cobo.—Apuntador: José Camacho.—Regidor de escena: Manuel Caballero.

Coreografía: Maestro Lombardero.



ACTO PRIMERO

Un lujoso y moderno salón antedespacho. Al fondo, otro gran salón, con un ventanal al foro, y forillo de calle moderna. En la izquierda, puerta en la que se lee: «DIRECCIÓN». En la derecha, otra en la que se lee: «OFICINAS». Muebles modernos. Por la mañana. Epoca actual.

(Al levantarse el telón aparecen en escena ACACIA, HORTENSIA y FELIPE.)

HABLADO

- ACACIA. *(Mirando por el ojo de la cerradura de la puerta de la izquierda.)* ¡Silencio!
- FELIPE. ¿Qué?
- ACACIA. Tu madre se ha arrojado a los pies del Director, y le suplica que te perdone.
- FELIPE. ¿Y qué dice don Justo?
- ACACIA. Que has mentado una vez, y para él como si te hubieras muerto.
- FELIPE. ¿De modo que me echa del periódico?... ¡Está bien! ¡Agita el frasco, Hortensia!
- HORTENSIA. *(Agitando una botella que tiene en la mano.)* Con mucho gusto.
- FELIPE. Sírveme cuatro dedos en este vaso.
- HORTENSIA. Pero, oye, ¿qué clase de medicina es?
- FELIPE. ¿Medicina? Sí, sí. ¡Seis cajas de cerillas que he disuelto en un litro de agua, a ver si reviento de una vez!
- ACACIA. *(Asustada.)* Pero, oye... ¡Chico, tira eso!
- FELIPE. ¡Déjame que me lo beba, Acacia!
- HORTENSIA. ¡Por Dios, recapacita, y no tengas tan poca cabeza!

- FELIPE. ¿Poca cabeza y te he dicho que he echao seis cajas?
¡No sé qué más quieres!
- MANZANO. (*Por la derecha.*) Oye, Felipe, ¿es verdad lo que me
acaban de decir en «Máquinas», que te ha despedido
el Director?
- FELIPE. ¡Como que esto es mi ruina, Manzano! ¡Adiós mi
porvenir y adiós mi boda!
- HORTENSIA. ¿Pero te ibas a casar?
- FELIPE. El mes que viene.
- ACACIA. ¿Con quién?
- FELIPE. Contigo.
- ACACIA. (*Asombradísima.*) ¿Connigo? ¡Si a mí nunca me has
dicho «¡por ahí te pudras!»
- FELIPE. Porque yo, pa esas cosas, soy muy tímido. ¡Pero bien
me estoy insinuando desde hace dos días!
- ACACIA. ¡Y yo sin darme cuenta!
- FELIPE. Recuerda que anteayer te llamé a mi despacho.
- ACACIA. Para que te llevase una relación de los suscriptores
qué no pagan.
- FELIPE. Y ayer, ¿no te volví a llamar?
- ACACIA. Sí, para que te llevase otra de los que pagan.
- FELIPE. ¡Pues a ver si no llevo dos días pidiéndote relacio-
nes!... Sólo que de una manera delicada.
- HORTENSIA. ¿Y cómo te ha entrado ese amor tan de pronto?
- FELIPE. Bueno, os voy a decir la verdad. Vosotros sabéis que
al padre de María Rosa le llaman don Pitoniso por-
que lee en las rayas de la mano y a cada uno le dice
su horóscopo...
- MANZANO. ¡Y que no marra!
- FELIPE. Bueno, pues el jueves me las leyó a mí y me dijo que
antes de un mes me tengo que casar con una de vos-
otras dos.
- LAS DOS. ¿Ah, sí?
- MANZANO. ¿Y eso por qué?
- FELIPE. Es que llevo aquí escrito que la que se case connigo
de esas dos me va a dar la buena sombra.
- HORTENSIA. Oye, ¿y por qué has elegido a ésta?
- FELIPE. ¡Porque siempre tendrá más probabilidades una
Acacia!
- ACACIA. ¡Di que sí!

- D. PITO. (*Por la derecha. De «chaqué» gris perla, chistera de igual color, botines blancos, etc.*) ¡La paz sea con ustedes!
- MANZANO. ¡Don Pito!
- HORTENSIA. ¡Jesús! ¿Cómo usted tan elegante?
- D. PITO. Hombre, es lo mío. ¿O no sabéis que durante cinco años he sido suscriptor de *La Vie Parisienne*?
- FELIPE. Como en estos últimos tiempos le veíamos a usted tan derrotado...
- D. PITO. Sí, pero he conseguido abrirme un tercer frente. Ya os contaré... ¿Por dónde anda mi chica?
- ACACIA. Todavía no ha venido.
- FELIPE. Por cierto que en cuanto se dé cuenta el Director, otra vez que va a la «rúe».
- D. PITO. ¿Mi chica a la «rúe»? ¡Eso es no conocer su sino! María Rosa llega tarde a la oficina y, en vez de expulsarla, la suben el sueldo.
- MANZANO. ¡Caray!... ¿En qué se funda?
- D. PITO. En que nació de pie. ¡Que lo vi yo, que estaba por allí cerca! Y además con la cruz de Caravaca. Y, por si fuera poco, vino al mundo en la segunda decena de septiembre, en cuarto creciente y bajo el signo de Libra. O sea, que tiene: imaginación, salud, hermosura; y le aguardan: boda ventajosa, herencia, viajes y vejez opulenta.
- HORTENSIA. ¡Vaya suerte!
- ACACIA. Oiga, ¿y todas las que nacen bajo ese signo tienen tanta bicoca?
- D. PITO. Según... Es que como mi chica entran pocas en Libra. ¡Aun no le ha salido una cosa torcida en este mundo! Cuando cumplió trece años, y había que ir pensando en que se ganase la vida, ¡zás!, carta de un hermano de su madre que se hizo rico en Inglaterra, diciendo que en adelante me enviaría todos los primeros de mes dos mil pesetas pa que atendiera a su educación. ¡Excuso deciros la educación que la he dao! Lo primero que hice fué despedirme del taller pa poder atenderla a todas horas. Luego la interné en el mejor colegio de Madrid... ¡Y aun sobraba pa que yo me dedicase al sport!

- FELIPE. ¿A qué sport?
- D. PITO. Hombre, cuando se dice que uno se dedica al sport es por... que no se dedica a nada.
- ACACIA. Lo malo es que desde hace año y medio se han tenido que agarrar otra vez los dos al trabajo.
- D. PITO. ¡Qué remedio! Dejé de llegar el giro, y ya no supimos más de mi cuñado; que pa mí que se lo tragó la tierra.
- HORTENSIA. ¡El disgusto que se llevaría María Rosa!
- FELIPE. ¡Y la de cosas que diría la pobre!...
- D. PITO. Tú verás. ¡Como que se le acabó de repente la educación!
- FELIPE. Sí, a ella se le acabó la educación y a usted el descanso.
- D. PITO. Ah, pero el mismo carácter me veréis en la estrechez que en la superabundancia. ¡Hay que hacerse a todo!
- MANZANO. Se ve que es usted un hombre de filosofía.
- D. PITO. De filosofía y... letras. Léanse. (*Se vuelve, mostrando en la espalda unas letras, que dicen: «LA ESPUMA. FÁBRICA DE JABONES DE LAVAPIÉS».*)
- FELIPE. ¿Usted de hombre-anuncio?
- D. PITO. Yo, con tal de ir a la «demimondaine», me agarro a lo que salga.
- NIEVES. (*Por la izquierda, con cara de indignación.*) ¡Anda, hijo mío, acompáñame! ¡¡Vámonos de aquí ahora mismo!!...
- FELIPE. Pero, madre, ¿es que no has logrado nada?
- NIEVES. Todo inútil. He suplicado, he llorado, me he puesto de rodillas, y como si no.
- FELIPE. ¿De modo que, definitivamente, me pone en la calle?
- NIEVES. ¡Y todo por una mentira sin importancia!
- MANZANO. Es lo único que no perdona.
- HORTENSIA. Su lema es que hay que decir siempre la verdad, aunque le perjudique a uno.
- ACACIA. Por eso ha fundado este diario, que titula *La verdad desnuda*, y en el que no permite insertar la menor falsedad.
- NIEVES. ¿Es posible?
- FELIPE. Ah, sí, sí... ¡Aquí no publicamos más que verdades!
- D. PITO. ¡Pues anda, que no sudarán ustedes «náa» pa llenar todos los días cuatro páginas!

- NIEVES. ¿Pero ese hombre no se da cuenta de que todo el mundo, aunque sólo sea por educación, tiene que mentir alguna vez?
- MANZANO. Todo el mundo menos él, señora.
- FELIPE. ¡Qué más quisiera yo que pillarle en una!... ¡Mi venganza iba a ser terrible!
- HORTENSIA. ¡Y la mía! Porque, vamos, que lo que me hace a mí desde que me teñí de rubia platino...
- D. PITO. ¿Qué te hace?
- HORTENSIA. Miren lo que me obliga a llevar mientras estoy en la oficina. *(Se vuelve de espaldas y muestra un cartel, que dice: «SOY MORENA CLARA.»)*
- NIEVES. ¡Soy morena clara!
- D. PITO. ¡Ni que fueras un anuncio de la Imperio Argentina!
- D. JUSTO. *(Por la izquierda. Es un señor como de cincuenta y tantos años, con cara de pocos amigos.)* ¡Eh!... ¿Qué hacen ahí de cháchara?... ¡Vamos, pronto! *(A las mecanógrafas.)* ¡Ustedes, a su oficina!
- HORTENSIA. ¡Sí, señor!
- ACACIA. Es que estábamos...
- D. JUSTO. ¡Silencio! ¡A mí no se me replica! *(Mutis las mecanógrafas por la derecha, muy asustadas.)* Usted, Manzano: baje inmediatamente y que rectifiquen este embuste.
- MANZANO. *(Asombrado, después de leer el papel que le ha dado don Justo.)* ¿Cómo?... ¿La esquila del primer aniversario de Fernández Valls?...
- D. JUSTO. Ordene que supriman lo de «desconsolada viuda». Conozco a la interfecta, y, vamos, ¡inexactitudes en mi periódico, no!
- MANZANO. Piense que se trata de una familia conocidísima en Madrid.
- D. JUSTO. No importa. En vez de «su desconsolada viuda», que pongan «su viuda alegre».
- D. PITO. ¡Don Justo, que es la viuda de un Valls!
- D. JUSTO. ¡Pues con mayor motivo! ¡Ande y nó me replique!
- MANZANO. Es que...
- D. JUSTO. ¡A mí no se me replica!
- MANZANO. *(Al mutis.)* ¡El mejor día nos matan a todos!
- D. JUSTO. ¡Siempre he dicho que este Manzano es un camueso!

(*Encarándose con Felipe.*) ¿Qué hace usted ahí, con esa cara de alelado? ¡Vaya a ordenar los papeles para hacerme entrega de ellos!

FELIPE.

¡Don Justo!...

D. JUSTO.

¡He dicho que a mí...!

FELIPE.

Sí, hombre, que a usted no se le replica; ya lo sé. ¡Maldita sea! (*Vase, quemadísimo, por la izquierda.*)

D. JUSTO.

Y a ustedes, ¿qué tripas se les han roto?

NIEVES.

Estábamos comentando lo injusto que es usted con mi hijo.

D. JUSTO.

¿Yo injusto?

D. PITO.

¡Sí, don Justo, injusto!

D. JUSTO.

Les repito que ha venido a pedirme tres mil pesetas que tiene que pagar antes de las dos de la mañana.

NIEVES.

Ya ve... ¡Una deuda de honor! ¡Pobre hijo mío!...

D. JUSTO.

Señora..., ha de saber usted que las perdió anoche jugando al póker. ¡Al póker!...

D. PITO.

¿Y qué culpa tiene el chico de no haber ligao?

D. JUSTO.

Cuando uno se sienta a jugar, hace creer a sus compañeros de partida que tiene dinero para poder perderlo; por consiguiente, su hijo faltó anoche a la verdad, y no puede seguir en un puesto de mi confianza.

NIEVES.

¡Usted exagera, señor mío!

D. JUSTO.

¿Cómo señor suyo!... ¿Desde cuándo soy yo nada de usted?

NIEVES.

¡Lo que es usted es un grosero y un maleducado!

D. PITO.

¡Cálmese, señora Nieves!

D. JUSTO.

Déjela. ¡Si es así como me gusta que me hablen!

NIEVES.

Y este sofocón me lo paga usted, porque como le pille yo alguna vez en una mentira, se le va a caer el poco pelo que le queda. ¡Mire!... (*Jurando.*) ¡¡Por éstas!!

D. PITO.

¡Pero mujer, caray!

NIEVES.

Y usted cálese, que ve que insultan a una señora y no es para defenderla. ¡Bragazas! ¡Calzonazos! (*Mutis.*)

D. JUSTO.

¿Eh?

D. PITO.

¡No, si yo tampoco me enfado!

D. JUSTO.

Usted es de mi cuerda.

D. PITO.

¡Como que con la verdá se va a todas partes! (*Medio mutis.*)

- D. JUSTO. ¿Eh?... ¿Qué lleva en la espalda?
D. PITO. Ah, sí; el anuncio de los jabones. Es que el dueño es amigo mío y me quiso colocar en su fábrica; pero yo he preferido esto. Dirá usted que son rarezas, pero vamos..., si encima de llamarme Manso resulta que soy jabonero..., la verdá, yo... ¡¡Por si acaso!! (*Mutis derecha.*)
- ACACIA. (*Saliendo.*) Don Justo, avisan por el teléfono de la portería que unas muchachas desean hablar con usted. Dicen haber leído no sé qué anuncio en un periódico...
- D. JUSTO. Ah, sí. Las esperaba. Claro, con todas estas cosas no he tenido tiempo de explicarles a ustedes... Es que me tiene anunciada su visita el Presidente de la Ele, Ce, Ele, Eme.
- ACACIA. ¿Y eso qué es?
D. JUSTO. La «Liga Contra la Mentira». Llega hoy de Barcelona y viene a proponerme la salvación del periódico. ¡Nada menos que convertirlo, financiado por la Liga, en un semanario que se titulará *Realidades gráficas*! Por eso he puesto el anuncio solicitando señoritas reporteras. ¡Quiero lanzar una revista a la americana!
- (*Aparecen en el fondo OCHO REPORTERAS.*)
- REP. 1.^a ¿Se puede?
D. JUSTO. Pasen, pasen ustedes
REP. 2.^a Buenos días, señor Director.
D. JUSTO. Retírese, Acacia. (*Mutis Acacia. A las Reporteras.*) Vamos a ver, señoritas: Ustedes, ¿en qué periódico han trabajado antes?
REP. 3.^a Yo, en ninguno.
OTRA. Yo tampoco.
OTRA. Ni yo.
OTRA. Ni yo.
D. JUSTO. Me alegro. Así las amoldaré a mi manera. Sepan que el reportaje es lo más delicado de la profesión.

MÚSICA

Para ser buen reportero
y adquirir celebridad,

- a mi juicio, es lo primero
que se diga la verdad.
- REPORTS. Yo poner prometo en todo
la mayor exactitud.
- D. JUSTO. Solamente de ese modo
sale bien una interviú.
- REPORTS. ¿Cree usted?
- D. JUSTO. ¡Creo yo!
- REPORTS. Pues lo haré...
- D. JUSTO. ¡Sí, señor!
- REPORTS. ... porque todas pretendemos
complacer al Director.
- D. JUSTO. Busquen la persona
que tenga un buen puesto...
- REPORTS. ¡Sepa usted que muchos
ponen muy mal gesto!
- D. JUSTO. Hagan que contesten
sólo a dos preguntas
para que las paguen
todas, todas juntas.
-
- ¿Qué hizo usted ayer?
¡Conteste, caballero!
- ¿Qué hizo usted ayer
de seis a nueve y cuarto?
Cuéntemelo,
no tenga tanto miedo,
porque total
es para publicarlo.
- REPORTS. ¿Qué hizo usted ayer...
- D. JUSTO. ... cuando iba por la calle...?
- REPORTS. ¿Qué hizo usted ayer...
- D. JUSTO. ... muy junto a una morena?
Yo me fijé
que la llamaba Flora,
y sé que su señora
se llama Elena.
- REPORTS. ¿Qué hizo usted ayer?
- D. JUSTO. ¿Qué hizo usted ayer?
¡Dígame!,

- no me oculte nada, nada;
¡dígame!,
y saldrá usted en la portada.
- REPORTS. ¡Mire usted
que le voy a entrevistar!
- D. JUSTO. Y lo harán
aunque usted lo esté dudando,
mejor que Fernando
Castán Palomar.
- TODAS. ¿Qué hizo usted ayer...
... cuando iba con dos socias...?
- TODAS. ¿Qué hizo usted ayer...
... para evitar escamas?
- D. JUSTO. Que iba a jugar
al ajedrez me dijo,
aunque yo sé de fiyo
que fué a las damas.
- TODAS. ¡Dígame!... Etc., etc.
¿Qué hizo usted ayer?...
¡Conteste, caballero!...
¿Qué hizo usted ayer? (*Mutis las vicetiples.*)

HABLADO

- D. JUSTO. (*Despidiendo a las reporteras.*) Muy bien. Pues nada,
ya se les avisará a ustedes a domicilio.
- REPORTS. ¡Adiós, señor Director!...
- D. JUSTO. Adiós, adiós.
*(Hace sonar un timbre. Inmediatamente en-
tran, cada uno por donde hizo mutis, ACACIA,
HORTENSIA y FELIPE.)*
- ACACIA. ¿Diga?
- HORTENSIA. ¿Mande?
- FELIPE. ¿Señor Director?...
- D. JUSTO. ¿Puso usted en limpio la memoria que le encargué ayer?
- FELIPE. Sí, señor; la tiene María Rosa.
- D. JUSTO. ¿Eh?... ¿Pero es que no ha venido aún esa señorita?
- ACACIA. Se ha debido retrasar un poco.
- D. JUSTO. ¿Cómo un poco, y faltan unos minutos para las doce?
¡Lo de siempre! Ahora llegará diciendo que había cola

en el «Metro», que se ha quedado el tranvía sin corriente o cualquier otra excusa por el estilo...

(En este momento entra por el fondo MARÍA ROSA. Es una guapísima muchacha, como de veinticinco años. Viste con suma elegancia.)

- M.^a ROSA. ¿Se puede?
FELIPE. ¡Sí que llega oportuna!
D. JUSTO. (Severo.) ¿A usted le parece que éstas son horas de venir a la oficina?
M.^a ROSA. Verá usted, don Justo..., es que yo...
D. JUSTO. Ayer me prometió usted que desde hoy estaría aquí a las nueve en punto...
M.^a ROSA. Sí, señor. Y yo tampoco miento nunca.
D. JUSTO. ¿Que no, y son las doce menos tres minutos?
M.^a ROSA. Y doce menos tres, ¿no son nueve?
D. JUSTO. (Indignado.) ¡Cómo se entiende!... ¿Tarde y con burlas?...
M.^a ROSA. ¡No se enfade, señor Director!... Ya sé que me he retrasado un poquín... Y cualquiera, en mi caso, se disculparía diciendo que había cola en el «Metro»...
D. JUSTO. ¿Eh?
M.^a ROSA. ... o que se había quedado el tranvía sin corriente.
D. JUSTO. ¿Cómo dice?
M.^a ROSA. Pero yo no. Yo siempre digo la verdad. Si no he venido antes ha sido porque no tenía traje que ponerme.
D. JUSTO. ¿Y ése tan elegante que lleva?...
M.^a ROSA. ¿Le gusta? ¿Verdad que es muy mono? Lo que es que aún no se lo he pagado a la modista, y, por lo tanto, todavía no es mío. Y como llevándolo puesto hago creer que sí, no sabe usted las ganas que me dan de quitármelo en mitad de la calle, en cualquier sitio..., ¡aquí mismo!
Todos. ¡María Rosa!
D. JUSTO. ¡No, por Dios, señorita!
M.^a ROSA. ¿Pero a usted no le gusta la verdad, y la verdad desnuda?...
D. JUSTO. Sí; pero, caramba, no tanto. Bueno, por lo pronto le subiré el sueldo, para que pueda pagar su vestido.
M.^a ROSA. ¡Ay, muchas gracias, don Justo!

- D. JUSTO. (*A Felipe.*) Aprenda usted a decir la verdad, aunque le perjudique.
- FELIPE. (*Indignado.*) ¿Que aprenda yo?
- D. JUSTO. Esta señorita es la que va a ocupar su puesto desde hoy.
- ACACIA Y
HORTENSIA. (*Asombradas.*) ¿Eh?
- D. JUSTO. Extienda el nombramiento y pásemelo a la firma.
- FELIPE. ¡Oiga usted, es que eso!...
- D. JUSTO. ¡Sin replicar! ¡¡A mí no se me replica!! (*Mutis izquierda.*)
- M.^a ROSA. ¿Qué os parece?
- ACACIA. ¡Que es pa troncharse!
- M.^a ROSA. Dame un «*Lucky*».
- D. PITO. (*Por la izquierda.*) ¿Qué?... ¿Tenía o no tenía yo razón?... Viene tarde a la oficina y le suben el sueldo.
- FELIPE. ¿Sabe usted que va a ser cosa de creer en eso del sino?
- D. PITO. Pero hombre..., si cuando ésta pasó las viruelas, en vez de estropeársele el cutis le desaparecieron tres verrugas que la afeaban.
- M.^a ROSA. ¿A que no sabéis de dónde vengo, de verdad?
- ACACIA. ¡Cualquiera lo adivina!
- M.^a ROSA. De Chamartín. De ver a mi marido entrenarse para el partido de mañana.
- FELIPE. (*Sorprendido.*) ¿Eh?... ¿Pero tú estás casada?
- M.^a ROSA. ¿Ahora te enteras? Con Florián del Campo.
- ACACIA. (*Admirada.*) ¿El guardameta del Madrid?
- FELIPE. ¡Amos, chica!... Pero si en la intervíu que le publicábamos ayer dice que es soltero y enemigo acérrimo del matrimonio...
- M.^a ROSA. Bueno; él no será mi marido, pero yo sí que soy su mujer.
- FELIPE. ¡Aun lo entiendo menos!
- D. PITO. Pues anda, que si les dijeras que don Justo es tío tuyo y tampoco lo sabe...
- HORTENSIA. ¿El Director?
- ACACIA. Ya me figuraba yo que tu vida era un misterio.
- M.^a ROSA. ¡Si yo os contase!...
- HORTENSIA. ¡Anda, cuenta, cuenta!
- ACACIA. Sí, que ya nos has intrigado.

- M.^a ROSA. Yo me eduqué en el mejor colegio de Madrid...
D. PITO. Con las hijas de tóos los marqueses, «duqueses» y exportadores de aceite.
- M.^a ROSA. Allí me querían con locura mis compañeras. Pero había una —Araceli Bermejo— que era mi eterna rival en todo. Nos disputábamos los primeros puestos en las clases y los primeros premios en los juegos...
- FELIPE. Sí, vamos, que ninguna de las dos queríais ser menos que la otra.
- M.^a ROSA. En esto sacaron a Araceli del colegio, cuando destinaron a su padre al Consulado de Nueva York. Y desde allí empezó a cartearse conmigo... ¡Qué cartas me escribía!... Me contaba en ellas sus grandezas, tan minuciosamente que cualquiera hubiera adivinado su intención...
- ACACIA. ¿Despertar tu envidia?
- M.^a ROSA. Y humillarme. ¡Y si vierais en qué circunstancias!...
- D. PITO. Toma, al dejar mi cuñado de dar señales de vida... (*Acción de dinero.*) y tener ésta que salirse del colegio.
- M.^a ROSA. ¡Ah, pero eso no se lo escribí a Araceli!... En vez de contarle que estaba aquí ganándome la vida, inventé que don Justo era mi tío, el que nos mandaba el dinero... Le dije que había regresado a España con su familia y que vivíamos todos juntos. Así, cuando ella me hablaba en una carta de los millones de su padre, le contestaba yo con otra hablándole de los millones de mi tío. ¿Que ella se compraba seis modelos al año? ¡Yo, ocho! Y además dos abrigos de piel.
- D. PITO. Y yo un smoking y un «suéter».
- M.^a ROSA. ¡No iba a ser mi tío menos espléndido que su padre!
- FELIPE. Y, sobre todo, que en esas condiciones, por mucho que le pidieran ustedes no iban a arruinarlo.
- HORTENSIA. Bueno, pero, ¿y lo de tu matrimonio?...
- M.^a ROSA. Pues nada, que un día me escribió Araceli que se había casado y que su marido era nada menos que Hugo Darling, el peliculero más popular de Hollywood...
- D. PITO. Y ésta le contestó que ella también, y que el suyo era Florián del Campo, el futbolista más conocido de Madrid.

- M.^a ROSA. ¡A mí a tener un marido popular no iba a ganarme ella!
- FELIPE. ¡Y no te casaste con Perico Chicote porque no te dió la gana!
- ACACIA. ¿Y si por casualidad lee uno de esos periódicos en que dice Florián que es soltero?
- M.^a ROSA. Naturalmente que los lee. Si se los mandamos nosotros, ¿verdad, padre?
- HORTENSIA. ¿Ustedes?
- D. PITO. ¡Aquí no se engaña a nadie!
- M.^a ROSA. Para eso le había explicado yo a mi amiga que, como la familia de Florián se oponía a nuestra boda, nos casamos en secreto, y que si mi marido dice esas cosas en la Prensa es para que no se descubra...
- ACACIA. ¡No está mal pensado!
- FELIPE. Así, claro... Matrimonio más secreto no cabe.
- D. PITO. Calcula... ¡Como que no está enterao ni el propio marido!
- FELIPE. Bueno, lo que yo no entiendo es por qué a mí me echan a la calle por mentir y a ti te suben el sueldo por no faltar a la verdad. ¡Ah, pero esto lo arreglo yo!
- TODOS. ¿Tú?
- D. PITO. ¡Eso es envidia que le ties a mi chica!
- FELIPE. ¿Envidia yo, de qué? ¡Si por ese procedimiento me puedo casar mañana mismo con la reina Guillermina!... (*Mutis izquierda.*)
- D. PITO. ¡Pero oye, chico!...
- M.^a ROSA. No le hagáis caso y vamos a contestar a la última carta de Araceli.
- D. PITO. Ya la tengo empezada.
- M.^a ROSA. ¿A ver? (*Leyendo.*) «Inolvidable amiga: Por tu última me entero de que te has divorciado. No sabes cuánto lo siento. Yo jamás me separaría de mi maridín de mi alma, que es el hombre más bueno del mundo...» (*Dejando de leer.*) ¡Así, así! ¡Que rabie!
- HORTENSIA. Callá, que me parece que suena el teléfono en la portería.
- Voy a ver. (*Mutis derecha.*)
- ACACIA. (*A María Rosa.*) ¡Anda, sígue!

- M.^a ROSA. (*Leyendo.*) «Ayer, aprovechando que papá se fué a almorzar con el ministro de Estado...»
- D. PITO. Como verás, estamos muy bien relacionados.
- M.^a ROSA. «... me llevó mi marido a pasar el día en nuestra finca de El Escorial...»
- ACACIA. ¿Le has dicho que te ha regalado una finca?
- D. PITO. En cuanto le comunicó la otra que su marido le había comprado una casa de campo en La Florida.
- M.^a ROSA. «... Por cierto que Fritz nos llevó en el «Packard» en menos de cuarenta minutos...»
- D. PITO. Fritz es el chofero.
- ACACIA. ¡La verdad es que no se privan ustedes de nada!
- D. PITO. ¡Menuda vida nos damos! Y total por cuarenta céntimos de sellos cada quince días.
- ACACIA. ¿Pues sabe usted lo que le digo? Que todo esto será mentira, pero es tan bonito que merecía ser cierto.
- D. PITO. ¡Y lo será! Mira, cuando tú quieras que un deseo se te convierta en realidad, lo escribes en un papel y secas la escritura con estos polvos... ¡Así!
- ACACIA. ¿Y qué polvos son éstos, don Pito?
- D. PITO. Un preparao especial, a base de flor de vainilla, resina de chopo, tres pelos rubios de jabalí y media punta de rabo de lagartija. ¡No fallan! Y si no, como yo a ésta le seco todas las cartas, ya verás cómo termina por tener el hotel en El Escorial..., ¡y el automóvil!... ¡¡y por casarse con Florián del Campo!!
- M.^a ROSA. ¡Vamos, no sueñes, padre!...
- D. PITO. Y va a ser él quien va a venir a buscarte. ¡Te lo digo yo!...
- HORTENSIA. (*Por donde hizo mutis.*) ¡María Rosa!... ¡Ay, chica! ¿A que no adivinas quién pregunta por ti?
- M.^a ROSA. ¿Por mí? ¿Quién?
- HORTENSIA. ¡Florián del Campo!
- TODOS. ¿Eh? (*Sensación.*)
- M.^a ROSA. (*Medio desmayándose.*) ¿Qué dices?... ¿Que... Flo... Flo... Flo...?
- HORTENSIA. ¡Florián, sí; Florián!
- ACACIA. ¡Tu marido!

D. PITO. ¡Que querrá conocerte! (*Como iluminado.*) ¡Si no puede fallar!

ACACIA. ¿Pero usted es un brujo?

D. PITO. ¡Y viene a casarse contigo!!

M.^a ROSA. ¡Padre!

FLORIÁN. (*Apareciendo.*) Buenos días.

D. PITO. Ahí lo tienes. ¡Con los papeles debajo del brazo! (*Por unos periódicos enrollados que trae Florián.*)

FLORIÁN. Acaba de decirme el Director que me recibirá su secretaria. ¿Cuál de ustedes es?

M.^a ROSA. (*Emocionadísima.*) Ser... ser... servidora.

FLORIÁN. Encantado. Yo soy...

ACACIA. No se moleste. ¡Si le conocemos todos!

FLORIÁN. ¿Ah, sí?

D. PITO. Aquí, como si fuera usted de la familia.

M.^a ROSA. ¿Queréis dejarnos solos?

D. PITO. Sí, hija, sí. (*Aparte.*) ¡Aprieta y es tuyo!

(*Mutis con Acacia y Hortensia por la derecha.*)

M.^a ROSA. Estoy a sus órdenes.

FLORIÁN. Gracias. El asunto que me trae... es un poco desagradable para tratarlo con una señorita... En fin, si no hay otro remedio... ¿Un cigarrillo?

M.^a ROSA. Muchas gracias.

FLORIÁN. ¿Usted ha leído la interviú que me han publicado ustedes?

M.^a ROSA. Sí; así, por encima...

FLORIÁN. Pues bien; vengo a exigir que se haga una rectificación inmediatamente. Antes de acudir aquí he tratado el asunto con el redactor que me entrevistó, y me ha dicho que, como considera que la rectificación entra en el terreno de la publicidad, me costará alrededor de unas quinientas pesetas. ¡Pedirme a mí quinientas pesetas!... Bueno, eso es no conocerme. ¡Yo no le doy quinientas pesetas ni a mi padre!

M.^a ROSA. ¿Ah, no? (*Aparte.*) ¡Dios mío!... ¡Si supiera que me ha regalado a mí un hotel en El Escorial!...

FLORIÁN. Hay que desmentir cuanto antes esa historia de que yo soy enemigo del matrimonio.

M.^a ROSA. Pero si lo han dicho todos los periódicos deportivos...

- FLORIÁN. Mire, joven, la verdad... Usted me ha sido muy simpática y le voy a dar toda clase de explicaciones. Yo no me llamo del Campo, como cree la gente. Eso es un seudónimo. Mi verdadero nombre es Florián Bengoechea.
- M.^a ROSA. ¿Bengoechea? ¡Qué apellido más bonito!
- FLORIÁN. Soy nieto de la duquesa viuda de Mirasol.
- M.^a ROSA. ¿Es usted un duque?... (*Aparte.*) ¡Y yo sin escribirselo a Araceli!...
- FLORIÁN. Por eso concertaron mi boda con la hija de los marqueses de Sotosana. Una niña moderna que se me atragantó no quiera usted saber cómo. Una muchachita de esas que necesitan todos los días tres cajetillas de «Luckys»...
- M.^a ROSA. ¿Ah, sí? ¡Un momento!
- FLORIÁN. ¿Eh?
- M.^a ROSA. No, es que voy a dejar el pitillo, porque aunque se lo acepté, a mí, ¿sabe usted?, no... (*Lo deja en el cenicero.*) ¡Siga, siga usted!
- FLORIÁN. Pues nada, que supuse que la mejor forma de darle calabazas era que todos los periódicos publicasen que yo no me casaría nunca. Pero las cosas han cambiado.
- M.^a ROSA. (*Con desconsuelo.*) ¿Se va usted a casar con la marquesita?
- FLORIÁN. No es eso. Me voy a casar —digo, si ella me acepta por marido— con una mujercita linda... (*Insinuante.*) que se ha cruzado en mi vida.
- M.^a ROSA. ¿En su vida?... (*Aparte.*) ¿Si seré yo la del cruce? (*Alto.*) Y esto... ¿ha sido así, de pronto?
- FLORIÁN. ¡Y tan de pronto! Como que bastó el chispazo de una mirada...
- M.^a ROSA. ¿Es posible?

MÚSICA

- FLORIÁN. Una mirada de mujer enamorada lo dice todo sin querer decirnos nada.
- M.^a ROSA. (*Suspirando.*) ¡Ay!...

- FLORIÁN. Promesas cálidas de amor
suelen arder
en el fulgor
de una mirada de mujer.
- M.^a ROSA. No se fie mucho
pase lo que pase.
- FLORIÁN. ¿Hay quizá miradas
de diversas clases?
- M.^a ROSA. Las hay que son francas,
las hay de reojo,
y las hay que pueden
darle el mal de ojo.
La mujer que con una mirada
no consigue decir lo que siente...
- FLORIÁN. ... Es que tiene muy poco de lista
o corta de vista
quedó de repente.
- M.^a ROSA. Cuando quiero lograr un capricho
a mi novio le miro yo así...
Y si entorno los ojos un poco
se queda ya loco,
loquito por mí.
Anda ya,
déjame,
déjame que te mire...;
anda ya,
déjame,
que al sentirme a tu vera,
¡ay!, que suspire,
¡ay!, zalamera.
- FLORIÁN. ¡Ay, no me mire!
- M.^a ROSA. ¡Qué más quisiera!
- FLORIÁN. ¡Es que yo
preso estoy
de esos labios tan rojos!
- M.^a ROSA. ¡Anda ya,
déjame
que te clave mis ojos!...

HABLADO

- M.^a ROSA. ¡Qué historia más bonita la suya!... ¡Enamorarse de una mirada!
- FLORIÁN. Por eso quiero tener otra vez cerca de mí esos ojos..., para que vuelvan a mirarme así, y vivir siempre esclavo de ellos.
- M.^a ROSA. ¡Florián! (*Colándose.*) ¿Y cuándo ha reparado usted en la mirada? ¿Acaso esta mañana en Chamartín?
- FLORIÁN. ¿Durante el entrenamiento? ¡No, por Dios! ¡Si allí no van más que cuatro despistadas!
- M.^a ROSA. ¿Cómo?
- FLORIÁN. Fué anoche, en el coche restorán del expreso.
- M.^a ROSA. ¿En el tren? Entonces, ¿quién es ella?
- FLORIÁN. No lo sé; no quiso darme su nombre. Y, sin embar- go, me conocía...
- M.^a ROSA. ¡Es usted tan popular!...
- FLORIÁN. Al preguntarle dónde y cuándo podría verla, me con- testó que no me preocupase, que a lo mejor nos en- contraríamos muy pronto; antes quizá de lo que yo pudiera suponer... Pero noté en sus ojos un destello de burla... ¡Oh, no! ¡He de dar con ella, aunque ten- ga que revolver el mundo! Y antes quiero que recti- fiquen ustedes. Me molestaría que esa mujer pudiera juzgarme a través de las impertinencias que digo con- tra el matrimonio.
- M.^a ROSA. Para luego acabar enamorado de un imposible... Así son las cosas. Usted soñando con una desconocida, mientras sabe Dios cuántas estarán soñando con usted...
- FLORIÁN. ¡No es para tanto!
- M.^a ROSA. Por lo menos yo sé de una...
- FLORIÁN. ¿Ah, sí?
- M.^a ROSA. Bueno, usted no la conoce, naturalmente. Es una mu- chacha humilde, que nunca viaja en los expresos... Pero que daría cuanto le pidieran por ser su mujer, ¡aunque sólo fuera cinco minutos!
- FLORIÁN. (*Echándolo a broma.*) ¿Cinco minutos nada más?
- M.^a ROSA. No. ¡Cinco minutos nada menos!
- FLORIÁN. Tiene gracia. Pero, vamos, como usted comprenderá,

- no voy a estar pendiente de los sueños de una niña cursi, de novela rosa.
- M.^a ROSA. (Herida.) ¿Eh?
- FLORIÁN. Y no le canso más. Me voy confiado en que hará usted la rectificación.
- M.^a ROSA. De eso esté usted seguro. Le prometo que rectificaré hoy mismo.
- FLORIÁN. A sus pies, señorita. (*Mutis foro derecha.*)
- M.^a ROSA. (*Nerviosísima.*) ¿Con que una niña cursi?... ¡¡Y de novela rosa!!... ¿Pero cómo se habrá ido sin que yo le arañe?
- D. PITO. (*Por la derecha, seguido de HORTENSIA y ACACIA.*)
¿Eh, qué tal?
- M.^a ROSA. ¡Déjeme usted!
- ACACIA. ¡Pero chica!...
- HORTENSIA. ¿Qué te ocurre?
- M.^a ROSA. ¡A mí no hablarme siquiera!
- D. PITO. ¡Ay, mi madre! ¿Pero es que me ha fallao el rabo de lagartija?
- M.^a ROSA. Traiga usted la carta, que voy a empezar a rectificar (*La rompe.*)
- D. PITO. ¿Qué vas a hacer?
- M.^a ROSA. Escribir otra. (*A Acacia.*) Tómala tú en taquigrafía.*
- ACACIA. Venga.
- M.^a ROSA. (*Dictando.*) «Amiga Araceli. Dos puntos. Has hecho muy bien en divorciarte de tu marido. Punto. Me imagino que será tan grosero como Florián...»
- D. PITO. ¡Otro punto!
- M.^a ROSA. ... Yo también voy a pedir la separación esta misma semana...»
- FELIPE. (*Asomando, con DON JUSTO, por la izquierda.*) ¿Oye usted?
- D. JUSTO. (*Asombradísimo.*) ¿Pero es posible?
- M.^a ROSA. (*Sigue dictándole a Acacia.*) «Estoy harta ya de él, y de Fritz, y de mi tío...»
- D. JUSTO. ¿De modo que ese tío soy yo?
- FELIPE. ¡Chist!... ¡Calle!
- M.^a ROSA. «... que, aunque te he dicho en otras cartas que es muy gracioso y siempre está haciéndome reír con sus cuentos...»

- D. JUSTO. ¿Quién, yo gracioso?...
- M.^a ROSA. «... la verdad es que es un viejo imbécil...»
- D. JUSTO. (*Saltando.*) ¿Cómo un viejo imbécil? ¡Señorita!...
- HORTENSIA. ¡Don Justo!
- M.^a ROSA. Le advierto que yo me refería a uno que...
- D. JUSTO. ¡Se refería a mí! ¡Y no vale disimular! ¡Felipe me ha enterado de todo!
- D. PITO. ¿Tú?
- FELIPE. ¡Sí, señor! ¡Yo, que estaba ya cansado de tanta injusticia!
- D. JUSTO. (*Severísimo.*) ¡Con que yo soy su tío!... ¡Y usted es la señora de un futbolista!... ¡Y le ha regalado una villa en El Escorial! ¡Muy bonito!
- M.^a ROSA. ¡Don Justo!
- D. JUSTO. ¿De manera que vivimos todos juntitos, y usted (*A Don Pito.*) viene a comer a casa todos los días? ¿No les parece a ustedes todo esto un abuso?
- D. PITO. ¿Un abuso? ¡Pues a ver si encuentra usted un gorrón que le salga más barato!...
- D. JUSTO. Afortunadamente he descubierto a tiempo que estoy rodeado de farsantes. Hoy va a venir aquí nada menos que el Presidente de la «Ele Ce Éle Eme...». ¡Figúrense si llega y se encuentra con semejante colección de embusteros!... Podría hasta desconfiar de mí, y eso sería mi ruina. Conque... ¡largo! (*A Felipe.*) ¡Usted, a la calle!
- FELIPE. (*Indignado.*) ¿Yo? ¿Pero encima que le he descubierto todo?
- D. JUSTO. ¡¡A la calle he dicho!!
- FELIPE. ¿Pero oyen ustedes?
- D. PITO. Y te está bien, ¡por chivato!
- D. JUSTO. (*A Hortensia y Acacia.*) ¡Y ustedes sigan el mismo camino!
- HORTENSIA. ¡Ea, pues nos vamos y se ha acabado! Ahí va: el cartel. ¡Se lo cuelga usted, si quiere! (*Mutis derecha.*)
- ACACIA. ¡Di que sí! Y si hay que morir de hambre, se muere una y tan contenta.
- FELIPE. ¿Tú qué vas a morirte, si nos vamos a casar la semana que viene?... Y acuérdate de las rayas de mi mano, ¡que seremos ricos!...

- ACACIA. ¿Tú crees?
FELIPE. (*Haciendo mutis con ella.*) ¡En cuanto nos casemos no se te va a olvidar mi mano en la vida!
- D. PITO. (*Aparte.*) ¡La de manguzás que le piensa dar!
M.^a ROSA. ¡Perdónelos, don Justo! La única embustera soy yo. Ya ve que ni siquiera trato de disculparme. Usted es hombre y no comprendería nunca de lo que es capaz una mujer cuando otra quiere humillarla.
- D. JUSTO. No se canse. Hágame entrega de los papeles y váyase con sus estúpidas fantasías.
- M.^a ROSA. Estúpidas, no, don Justo, porque han sido el consuelo de mi pobreza. Esa vida irreal que yo iba inventándome en las cartas era tan bonita que muchas veces más que escribir soñaba...
- D. PITO. ¡Gracias a que la despertaba yo!
M.^a ROSA. Le aseguro que en muchos momentos no sabía cuál era mi verdadera vida: si la de la muchacha humilde encerrada en un escritorio, o la de la casadita feliz rodeada de halagos y comodidades... Con decirle que cuando inventaba que usted me había regalado una joya o un abrigo, llegaba a la oficina y me parecía que era usted de verdad tío mío... ¡La de veces que me han dado ganas de echarle los brazos al cuello y comérmelo a besos!
- D. JUSTO. ¿Y por qué no lo ha hecho usted?
M.^a ROSA. ¿Eh?
D. PITO. ¿Cómo, cómo?...
D. JUSTO. Quiero decir que por qué no lo ha hecho usted de otra manera... Vamos, sin mezclarme a mí en estos enredos.
- M.^a ROSA. ¡Perdóneme, don Justo! ¡Ya no lo haré más!

MÚSICA

- M.^a ROSA. ¡Perdóneme!
D. PITO. ¡Perdónela!
M.^a ROSA. ¡Ya nunca más lo haré!
D. PITO. Ya nunca mentará.
M.^a ROSA. No me eche usted,
por caridad,

- que nos quedamos sin comer.
D. PITO. ¡Y nos quedamos sin cenar!
D. JUSTO. Hay que tener
formalidad.
M.^a ROSA. Ya siempre la tendré.
D. PITO. Ya no le faltará.
M.^a ROSA. ¿No me vió usted
pedir perdón?
D. JUSTO. A tanto embuste y falsedad
no les encuentro explicación.
M.^a ROSA. Escuche, por favor,
y se lo explicaré...
¡Es que inventé un amor
y presa en él quedé!
Amor sin realidad...
Tan sólo un sueño fué...
Y al verle a él de verdad
hoy mismo desperté...

(Al atacar el «blues» cae detrás de María Rosa un TELÓN CORTO, de modo que queda sola en escena, cantando. Poco a poco va transparentándose el telón, dejando ver un fantástico jardín. En él canta Florián a una contrafigura de María Rosa.)

- Sueños de mujer
que me hablarán de bellas ilusiones;
sueños de mujer
que adornarán perfumes de quimera...
Vuela el corazón
que siempre va tras locas ambiciones;
sueños de mujer (his)
que llenarán mi vida entera.
FLORIÁN. Cabecita loca de mujer,
no sueñes tanto,
porque el sueño suele suceder
que acaba en llanto.
M.^a ROSA. Cabecita loca de mujer,
¿por qué volaste.

si ahora ya no puedes olvidar
lo que soñaste?

(Mutis de Florián con la contrafigura. Sube el telón transparente, quedando la escena convertida en jardín. Van saliendo parejas de enamorados.)

Soñé que su amor era mío...

Soñé que mi boca besó...

Después, al volver a la vida,
quedé para siempre
cautiva de un beso...

¡De aquel beso ardiente
que nunca me dió!

ELLAS.

Sentí tus caricias y mimos.

ELLOS.

Oí tus palabras de amor.

M.^a ROSA.

Después, al volver a la vida,
quedóme en el alma
el eco de aquellas
palabras tan bellas
que no pronunció.

(Cae de nuevo el transparente, desapareciendo el jardín también poco a poco. Cuando María Rosa termina de cantar el número, caen las cortinas. Se levantan y aparece la decoración del ANTEDESPACHO, y en ella MARÍA ROSA, DON PITO y DON JUSTO, en la misma actitud que comenzaron el número.)

M.^a ROSA. ¡Perdóneme!

D. PITO. ¡Perdónela!

M.^a ROSA. Que nos quedamos sin comer...

D. PITO. ¡Y nos quedamos sin cenar!

H A B L A D O

FELIPE. *(Por donde hizo mutis. Viene cariacontecido.)* ¡Ay!

¡Ay! ¡Ay, señores!

D. PITO. ¿Eh?

D. JUSTO. ¿Qué pasa para que vuelva usted por aquí?

- FELIPE. ¡Ay, María Rosa! ¡Vete corriendo, que no te puedes figurar la que se te avecina!
- M.^a ROSA. (*Asustada.*) ¿A mí? ¿El qué?
- FELIPE. ¿Sabes quién está abajo, preguntando por ti?
- M.^a ROSA. ¿Cómo? ¿Acaso otra vez Florián?
- FELIPE. Nada de Florián. ¡Tu amiga la de las cartas! ¡Araceli Bermejo!
- M.^a ROSA. (*Aterrada.*) ¡No es posible!
- D. PITO. ¡Arrea, la destinataria!
- FELIPE. Dice que desembarcó ayer en Lisboa; que se va hoy a Barcelona en el avión y que no quiere pasar por Madrid sin dedicarte cinco minutos.
- M.^a ROSA. ¡Dios mío! ¡Y se va a descubrir todo! ¡Ay, padre!...
- D. JUSTO. ¡Tome, para que siga usted soñando!
- M.^a ROSA. ¡Esto es el ridículo!
- D. PITO. Cálmate, hija. (*A Felipe.*) Y tú baja corriendo, y que le digan que no está, que se fué ayer a La Coruña... Pero si ya le ha dicho el portero que está en casa.
- FELIPE. ¡Ese portero es un imbécil! (*A don Justo.*) ¡Tiene usted que echarle hoy mismo! (*Apuradísima.*) ¿Qué haríamos, padre?
- D. JUSTO. ¡Sufrir las consecuencias de sus embustes!
- M.^a ROSA. ¡Eso no! ¡Don Justo, por lo que más quiera! ¡¡Diga usted que es mi tío!!
- D. JUSTO. ¿Yo? ¡De ningún modo!
- M.^a ROSA. ¿Y usted qué sale perdiendo? ¿No ha oído que va a estar un momento y se va a Barcelona?
- D. PITO. Claro, hombre, ¿a usted qué le importa, si son cinco minutos nada más?
- D. JUSTO. ¡Yo no miento ni cinco segundos!
- M.^a ROSA. ¡Pero si no hay que mentir!
- D. JUSTO. ¿Cómo que no, y lo primero que hará será preguntar por su marido?
- M.^a ROSA. ¿Por quién, por Florián?
- D. PITO. Le decimos que ha estao aquí y que se ha marchao hace un rato.
- FELIPE. ¡Y a ver si no es verdá!
- D. JUSTO. ¡Eso sí, claro!...
- M.^a ROSA. ¡Ay, gracias, don Justo..., muchas gracias por acceder!
- D. JUSTO. ¿Cómo acceder? Pero si yo no he...

- M.^a ROSA. Ya me están dando ganas otra vez de echarle los brazos al cuello y de plantarle dos besos...
- D. JUSTO. Bien; pero... ¡Vamos por partes!... ¿Dice usted que cinco minutos?... Ni uno más, ¿eh?
- M.^a ROSA. Ni uno más.
- FELIPE. (*Aparte.*) ¡Ya lo ha metido en el saco! ¡Y a mí sin darme las tres mil pesetas!... ¿Pero por qué no tendrá uno los ojos rasgaos, pa convencer a la gente?
- D. PITO. ¡Cuidao! ¡Que sube el ascensor, y debe ser ella!
- M.^a ROSA. Pues ande, padre; quítese las letras de la espalda.
- D. PITO. Ah, sí. Ayúdame, Felipe.
- M.^a ROSA. Y no se olvide que a Araceli le decíamos en las cartas que usted era coronel retirado.
- D. PITO. Es verdá. Y con un genio de mil demonios. Bueno, eso déjalo de mi cuenta. Anda, tú, ¡¡vamos!! ¡De frente!!
- FELIPE. ¡Ya me ha movilizao a mí este tío! (*Mutis los dos por foro izquierda.*)
- M.^a ROSA. ¡Dios mío! ¡Y ahora que caigo!... ¿Qué le decimos a mi amiga si pregunta por su señora?
- D. JUSTO. ¿Cómo por mi señora? ¿Pero es que me ha casado usted a mí?...
- M.^a ROSA. Claro; pues por eso es usted tío mío, por ser el marido de una hermana de mi padre. ¡Pero calle, ya está! ¡Estupendo! Le decimos que la tía está pasando una temporada en Suiza, adonde ha llevado a Consuelito para que se reponga.
- D. JUSTO. ¿A qué Consuelito?
- M.^a ROSA. ¡A mi prima! Su hija de usted.
- D. JUSTO. ¿Pero también tengo yo una hija?...
- M.^a ROSA. De dieciséis años.
- D. JUSTO. ¡Bueno, esto no hay quien lo aguante!
- ARACELI. (*Por el fondo.*) ¡María Rosa!
- M.^a ROSA. ¡Araceli!... ¿Tú aquí?... ¡Y qué guapísima! (*Se besan.*)
- ARACELI. ¡Tú sí que estás preciosa! ¡Qué alegría siento al verte!... (*Reparando en don Justo.*) ¿Eh?... Cállate. ¡No, no hace falta que me lo presentes! ¿A que es tu tío Justo?
- M.^a ROSA. Justo.
- ARACELI. ¡Si es tal y como me lo describías en las cartas!

- ¿Cómo está usted?
- D. JUSTO. Señorita...
- M.^a ROSA. Es mi mejor amiga. Abrácela, tío, abrácela.
- D. JUSTO. ¿Eh? ¿Que yo?...
- ARACELI. ¿Cómo dices?
- M.^a ROSA. Verás. Es que mi tío ha vivido muchos años en el Condado de Buckingham, y allí es costumbre...
- ARACELI. Ah, bueno, si es una costumbre...
- D. JUSTO. ¡Ya sabe usted cómo son en Inglaterra! (*La abraza cómicamente.*)
- M.^a ROSA. (*Aparte.*) ¿Ve como no va perdiendo nada?
- D. PITO. (*Dentro.*) ¡¡Rayos y truenos y centellas!! ¡¡Voy a matar a diez o doce!!
- ARACELI. ¿Eh?
- D. JUSTO. ¿Qué ocurre?
- M.^a ROSA. Es papá, con su genio de siempre. Estará pegándoles a los criados...
- ARACELI. ¿Sigue martirizándoos, como me decías?
- M.^a ROSA. ¡Más que nunca! Sobre todo al pobre tío le tiene atemorizado.
- D. JUSTO. ¿A quién, a mí?
- M.^a ROSA. Ya te escribí que un día hasta le dió una bofetada.
- D. JUSTO. ¡Ah, pues eso sí que no! ¡Eso, aunque se lo haya escrito!... ¡Por ahí sí que no paso!
- D. PITO. (*Apareciendo, muy enfurecido.*) ¡Bellacos! ¡Bergantes! ¡He dicho que quiero disciplina! ¡Y aquí tiene que andar derecho hasta el gato! ¡Por supuesto... (*Bajando a escena.*) ... que la culpa la tienes tú, por majadero y por imbécil!
- D. JUSTO. (*Cogiendo una silla.*) ¿Eh? ¿Qué dice?
- M.^a ROSA. ¡Por Dios, tío, ten paciencia!
- D. JUSTO. ¡Pero...!
- D. PITO. ¡A mí no se me replica!
- ARACELI. ¡Pero mi coronel!
- D. PITO. ¿Eh?... ¿Quién?... ¡Perdón!
- M.^a ROSA. Es mi amiga Araceli.
- D. PITO. ¿Cómo? ¿Aracelita? ¡Cuánto bueno por esta casa! (*La abraza.*)
- ARACELI. Oiga usted...
- M.^a ROSA. ¡Pero papi!...

- D. JUSTO. ¿Qué hace?
D. PITO. ¡Eh, eh, señores!... ¡Que yo he vivido en el Conda-
do de Treviño, y también allí hay sus costumbres!...
ARACELI. ¡Qué ganas tenía de conocerle! Tiene usted que con-
tarme sus hazañas guerreras. ¿Cuál ha sido la últi-
ma batalla que ha presenciado usted?
La batalla del Callao.
D. PITO. ¿Eh?
M.^a ROSA. ¡No es posible!
ARACELI. Pero, hombre, si la batalla del Callao fué en 1866,
D. JUSTO. ¡animal!...
D. PITO. Ah, ¿sí?
ARACELI. ¿Cómo iba usted a estar en el Callao, mi coronel?
D. PITO. ¡Pues estuve! Esperen que haga memoria... «La Ba-
talla»... «La Batalla»... ¿O es que esa película la die-
ron en otro cine?...
ARACELI. ¡Oh!... ¡Es delicioso!...
M.^a ROSA. Oye, ¿y de verdad te vás a Barcelona hoy mismo?
ARACELI. Mira, el billete del avión.
M.^a ROSA. (Como para cerciorarse.) Pero... ¿ocurra lo que
ocurra?
ARACELI. Pase lo que pase.
M.^a ROSA. ¡Qué lástima!... Si te quedases por lo menos una se-
mana te llevaría a pasar un día a la finca; conoce-
rías a mi marido... Anda, quédate.
D. PITO. (Aparte.) ¡No la animes mucho, por si acaso!
ARACELI. Lo que podemos hacer es almorzar hoy todos juntos.
D. JUSTO. Imposible. Estoy esperando a un amigo para tratar
de un negocio de mucha importancia, y precisamente
tengo que comer con él.
ARACELI. ¡Qué contrariedad!
UN BOTONES. (Por el fondo.) Señor... Don Cándido Sandoval pre-
gunta por usted.
D. JUSTO. Ah, sí. Que pase. (Mutis el Botones.) ¡Ya está ahí!
(Aparte.) ¡Dios quiera que no se entere de todos
estos enredos! (Alto.) Y ustedes, hagan el favor.
(Empujándoles.) Entren en ese despacho y váyanse
por la otra escalera. ¡A la calle, hagan el favor!
ARACELI. ¿Pero es don Cándido Sandoval el que usted esperaba?
D. JUSTO. Claro: el Presidente de la «Ele Ce Ele Eme».

- ARACELI. (*Muy contenta.*) ¡Entonces no nos tenemos que ir!
¡Si es tío carnal mío!
- M.^a ROSA. (*Aterrada.*) ¿Ah, sí?
- D. PITO. ¡Sopla!
- D. JUSTO. ¡Ahora sí que estoy perdido sin remedio!
- CÁNDIDO. (*Apareciendo en el fondo, con una maleta y un bolso de mano.*) ¡Bon día tinguin!
(*Yendo a él.*) ¡Don Cándido!
- D. JUSTO. Miri, noy. Perdona la tardansa, ¿sap? Es que el tren ha vengut con serca de dos horas de retraso...
- ARACELI. ¡Tito de mi alma!
- CÁNDIDO. ¡Oh! ¡Pero noya!... ¿Cómo tú por acá?...
- ARACELI. Desembarqué ayer en Lisboa.
- CÁNDIDO.. ¡Qué alegrón me das!...
- ARACELI. Te voy a presentar: María Rosa, mi mejor amiga.
- CÁNDIDO. ¿La dona del futbolista? ¿La que te escribía a América?
- M.^a ROSA. Para servir a usted.
- CÁNDIDO. ¡Mol maca y mol bufona!
- M.^a ROSA. Y aquí mi papá.
- CÁNDIDO. ¡Oh!... ¡Tic un desich en compláurelo!
- D. PITO. (*Muy fino.*) ¡Monchetas y cap y pota!
- ARACELI. ¿Pero no sabes? Si da la casualidad de que María Rosa es sobrina de don Justo.
- CÁNDIDO. ¡Hombre, sí que lo selebro, caramba! Así, además de socios seremos grandes amigos.
- D. JUSTO. Honradísimo, y encantado de tener un amigo catalán.
- CÁNDIDO. No, si yo no soy catalán.
- TODOS. ¿Ah, no?
- CÁNDIDO. La que es catalana, ¿saps?, es mi señora.
- ARACELI. Mi tita Bienvenida.
- CÁNDIDO. Yo soy de Córdoba.
- TODOS. ¿Eh?
- D. JUSTO. ¿De Córdoba?
- CÁNDIDO. ¡Paisano de Manolete! Lo que pasa es que desde pequenín vivo an Barselone... Y miri, por eso apenas si se me nota ya el asiento andalus.
- D. PITO. ¡¡Apenas!!
- CÁNDIDO. Presisamente por ese motivo fundé la «Liga Contra la Mentira». Como los andaluses tenemos esta fama

de embusteros, me dije: «¡Apa, noy, hay que demostrar que no lo somos!»

- ARACELI. ¿Y tita Bienvenida, cómo está?
- CÁNDIDO. Molt bé. En la finca de Santa Coloma de Querols.
- ARACELI. ¿Y la has dejado allí sola?
- CÁNDIDO. La acompaña un sobrino que vive con nosotros hase dos años. El que está estudiando farmaséutica. Y además los seis criados. Buena gente, ¿sap? Todos ellos del pueblo.
- ARACELI. Y a propósito del pueblo: ¿cómo van tus obras filantropicas?
- D. JUSTO. ¿Ah, pero usted se dedica a la filantropía?
- CÁNDIDO. ¡De siempre! El año pasado organicé la obra escolar. Y ahora estoy con la de benefisensia.
- D. PITO. ¡Ahora me explico por qué tiene usted en su casa a Bienvenida y al estudiante con seis de Santa Coloma!...
- ARACELI. Bueno, menos conversación y vámonos a comer. (*A don Justo.*) Por supuesto, su señora y su hija también vendrán.
- CÁNDIDO. Ah, ¿pero vostet es casado?
- M.^{ra} ROSA. ¡Claro! Lo que es que mi tía y mi prima están en Suiza.
- CÁNDIDO. Siempre me he ereído que vostet era sélibe.
- D. JUSTO. Bueno, verá...; yo le explicaré.
- D. PITO. ¡No! El célibe no era él; era su hermano... ¡Su hermano Florencio!
- CÁNDIDO. ¡Ah!
- D. JUSTO. (*Aparte.*) ¡Ya me han colocado un hermanito!
- FELIPE. (*Por el fondo.*) ¡Oye, papá, haz el favor!...
- D. JUSTO. ¿Eh? (*Indignado.*) ¿Cómo papá?
- FELIPE. Con permiso de ustedes. ¡Pero calla!... ¡Usted es Araceli! (*A María Rosa.*) ¡La que te escribía desde Nueva York! ¿A que sí?
- ARACELI. ¡La misma!
- FELIPE. Yo soy Felipín, el hijo de don Justo.
- ARACELI. Encantada.
- CÁNDIDO. ¡Hombre, cuánto plaser!
- D. PITO. ¡¡Otro que se ha colao en la familia!!
- FELIPE. Bueno, papá, discúlpame que te hable de semejante asunto delante de estos amigos, pero... es que la cosa

- urge... Vengo a pedirte las tres mil pesetas que me prometiste anoche cenando...
- D. JUSTO. ¿Que te prometí yo?
FELIPE. Que lo diga el tío. Pero, sobre todo, ¿es que lo vas a negar? ¿Tú? ¿Un hombre que no ha mentido en su vida?
- D. JUSTO. ¿Que no he...? Bueno, no discutamos. Ya te las daré mañana. Ahora no llevo dinero encima.
CÁNDIDO. ¡Hombre, estaría bueno! (*Tirando de cartera.*) ¿Díse vostet que son tres mil pesetas?
- D. JUSTO. ¿Qué va usted a hacer?
CÁNDIDO. Dárselas al muchacho. Ya me las pagará vostet, y prou.
- D. JUSTO. ¡No, y éste... éste me las pagará a mí también!
CÁNDIDO. Ahí van. Tres billetes.
D. PITO. (*Interponiéndose.*) ¡Un momento! (*Los coge.*) Toma, sobrino. Dos pápiros. (*Se guarda el otro.*)
- FELIPE. Oiga usted, ¿y el otro?
D. PITO. Son las mil pesetas que me pediste ayer comiendo.
FELIPE. ¿Quién, yo?
D. PITO. ¡Que lo diga tu padre, que no miente nunca!
FELIPE. (*Aparte.*) ¡Me ha ganao por la mano!
D. JUSTO. ¡¡A estos dos granujas los tengo yo que asesinar!!
CÁNDIDO. Bueno, señores. No nos entretengamos, que se va a «esclafar» el arroz.
- ARACELI. El que se retrasa hoy es tu marido. Son ya las dos, y, según me ha dicho el portero, a la una y media viene a recogerte todos los días para llevarte al restorán. (*Estupefacta.*) ¿Cómo?
- M.^a ROSA.
D. PITO. ¿Que le ha dicho a usted eso el portero?...
(*Se miran entre ellos.*)
- ARACELI. Sí, señor.
D. JUSTO. ¿Pero el de abajo?
ARACELI. ¿Cuál iba a ser?
FELIPE. ¡Si es que es muy listo! ¡Le tiene usted que subir el sueldo, papaíto!
- M.^a ROSA. Sin embargo, no esperes hoy a Florián, que no viene.
ARACELI. ¡Oh, cuánto lo siento!... Me hubiera gustado conocerle.
- M.^a ROSA. Yo te diré cómo es.

MÚSICA

El mío es un marido la mar de extraño.

- D. PITO }
D. JUSTO } ¡La mar! ¡La mar!
FELIPE. A veces no le vemos en todo el año.
ARACELI. ¡Qué atrocidad!
M.^a ROSA. No almuerza nunca en casa, ni me pasea.
CÁNDIDO. ¡Caray! ¡Caray!
ARACELI. ¡Los hay con unas normas bastante feas!
D. PITO, }
D. JUSTO x } ¡Los hay! ¡Los hay!
FELIPE.
M.^a ROSA. No tiene ni un detalle para mí.
FELIPE. Es de lo más adusto y despegao.
D. JUSTO. ¡Sobrinos de esta clase nunca vi!
CÁNDIDO. Ah, ¿sí?
D. PITO. ¡Y yo en el plan de suegro estoy tirao!
TODOS. ¿Tirao?

RECITADO SOBRE LA ORQUESTA

- ARACELI. ¿Y dices que es seguro que no viene?
D. PITO. ¿Cómo seguro? ¡Segurísimo!
FELIPE. ¡Eso se lo podemos jurar!
D. JUSTO. ¡Mire usted!

(En este momento aparece FLORIÁN.)

- FLORIÁN. (Dirigiéndose a María Rosa.) ¡Pero oye, hija mía, que me tienes abajo, en el coche, esperándote desde hace media hora!
TODOS. ¿Eh?
M.^a ROSA. (Como quien ve visiones.) ¡¡Florián!!
FLORIÁN. ¿Todavía sin arreglarte? ¿No te dije anoche, al acostarnos, que almorzábamos hoy en Aranjuez con Paquita y su marido?
M.^a ROSA. ¿En Aranjuez?... ¡Ah, sí, es verdad!... ¡Se me había olvidado!
FLORIÁN. ¡Voy a castigarte, por mala cabeza! ¡Ven aquí!
M.^a ROSA. ¡Florián!

- FLORIÁN. (*Tirándole un papirotazo a don Justo.*) ¿Qué hay, tiazó?
- D. JUSTO. ¿Eh?... ¡¡Oiga!! (*A don Pito.*) ¿Quiere usted decirme qué significa todo esto?
- D. PITO. ¡Calle, que estoy yo más mosca que usted!
- ARACELI. ¡Qué marido tan guapo!...
- CÁNDIDO. Es un tipo único, ¿eh?

CANTADO

- FLORIÁN. Estaba ya impaciente, María Rosa.
M.^a ROSA. (*Cada vez más estupefacta.*)
¿Qué es lo que oí?
- FLORIÁN. Y es que constantemente pienso en mi esposa.
- D. PITO. }
D. JUSTO. } (*Asombrados.*) ¡Yo estoy gilí!
FELIPE. }
- ARACELI. De lo que dice un hombre jamás me fío.
FLORIÁN. (*A María Rosa.*)
¡Preséntame!
- M.^a ROSA. Es una amiga mía. Y aquí su tío.
CÁNDIDO. ¿Cómo está usted?
FLORIÁN. Inquieto por pensar que son las dos,
y a mi mujer tardaba en recoger.
¡Arréglate de prisa y vámonos!
- TODOS. Ah, ¿sí?
- FLORIÁN. Es que no sé vivir sin mi mujer.
M.^a ROSA. ¿Mujer?
FLORIÁN. (*Muy cariñoso.*)
Mujer..., mujer...,
que alegras mi existencia.
Mujer..., mujer...,
perfume de mi hogar.
Tu amor, que es luz,
sabrás llenar
las sombras de mi vida
de bella claridad.
- ARACELI. No sé por qué decía que no la amaba.

- CÁNDIDO. ¡Ya ves que sí!
- FELIPE. }
D. PITO. } ¡Sucede cada cosa que es la caraba!
D. JUSTO. }
- ARACELI. Ven junto a mí.
- TODOS. Mujer, mujer,
que alegras la existencia;
mujer, mujer,
perfume del hogar...
- ELLOS. ¡Mi amor, que es luz,
sabrá brillar!...
- TODOS. Mujer, mujer,
el premio de tus besos;
mujer, mujer,
quisiera yo alcanzar.

HABLADO

- FELIPE. ¿De modo que es tu amiga Araceli?... ¿Y qué, muchos días por Madrid?
- M.^a ROSA. Esta misma tarde se va.
- ARACELI. No, ya no; estando aquí mi tío, ¿para qué me quiero ir a Barcelona? Me quedaré con él.
- TODOS. *(Alarmados.)* ¿Eh?
- M.^a ROSA. *(Chasqueada.)* ¿Y vas a perder el billete del avión?
- ARACELI. Así charlaremos todo el tiempo que queramos. Y hasta podemos ir a pasar un día a tu finca de El Escorial.
- D. PITO. ¡Como no la llevemos a la silla de Felipe II!...
- FLORIÁN. Eso, mañana mismo podemos ir.
- ARACELI. ¡Ay, sí, sí!
- FELIPE. *(A don Justo.)* ¡Le veo a usted alquilando un hotel frente a la Lonja!
- FLORIÁN. Por cierto que he mandado decorar el «hall» y... Bueno, no te lo quiero decir, para que te sorprendas cuando entres en la finca.
- D. PITO. Hombre, es que si llegamos a entrar, ¡menuda sorpresa nos vamos a llevar todos!...
- FLORIÁN. *(A María Rosa.)* Ve a vestirte, que se está haciendo tarde. Ponte el modelo que te regalé ayer.

- M.^a ROSA. ¿Qué modelo?
FLORIÁN. Sí, mujer, el azul.
M.^a ROSA. (*Aturdida.*) ¿El... azul?
FLORIÁN. Y usted, papá, telefonee a Paquita y a su marido que no nos aguarden. Almorzaremos con ustedes.
- ARACELI. Muy gentil.
D. PITO. ¿Dónde está la guía?
FELIPE. No te molestes, tío, que yo mismo les doy el recado.
¡Ahora, ahora vuelvo! (*Mutis foro derecha.*)
- CÁNDIDO. Y vostet, mientras se viste su sobrina, nos debía enseñar las máquinas, y así adelantariamos tiempo, ¿eh?, que todo hay que mirárselo.
- D. JUSTO. Con mucho gusto. Pasen ustedes por aquí. (*Mutis con don Cándido por foro izquierda.*)
- ARACELI. ¿Vamos, mi coronel? (*Cogiéndose del brazo de don Pito.*)
- FLORIÁN. Les acompaño yo también.
ARACELI. ¡De ninguna manera! Usted se queda con su mujer-cita. (*A María Rosa.*) Adiós, guapa. Y que no tardes, ¿eh?
M.^a ROSA. ¡Adiós, rica!
- (Mutis Araceli y don Pito por foro izquierda. Quedan solos María Rosa y Florián. Pausa. Cuando María Rosa se cerciora de que se han ido todos, se acerca a Florián, y le dice:)*
- ¡Gracias, Florián, muchas gracias!... Ignoro cómo y por qué ha podido usted enterarse del apuro que estaba pasando... Sea como quiera, ha venido usted a salvarme y no sé cómo demostrarle mi agradecimiento.
- FLORIÁN. (*Con la mayor naturalidad.*) ¿Pero qué tonterías estás hablando? ¿No te he dicho mil veces que me casé enamorado de ti y no tienes que agradecerme nada?
- M.^a ROSA. (*Estupefacta.*) ¿Eh? ¡Pero Florián!... ¿Qué dice usted?
- FLORIÁN. ¿Y ahora me tratas de usted?... ¡Ya empiezas con tus obsesiones de siempre!... Tienes que cuidarte, María Rosa. ¿A que no te has puesto hoy la inyección?
- M.^a ROSA. (*Asustadísima.*) ¿Qué inyección?

- FLORIÁN. Tengo yo la culpa, por transigir con tu capricho de vivir en Madrid. Deberías estar reponiéndote en El Escorial. Ya sabes que te has quedado muy débil.
- M.^a ROSA. ¡Basta, Florián! Ya está bien. Creí que había venido usted a sacarme de un compromiso y veo que a lo que viene es a burlarse de una niña cursi de novela rosa.
- FLORIÁN. ¿Burlarme yo de ti? ¡Pero, chiquilla, no digas disparates!... Anda, ven acá y dale un beso a tu maridín.
- M.^a ROSA. ¡Suélteme! ¿O se cree que puede aprovecharse de la situación?
- D. PITO. (*Volviendo a escena por donde hizo mutis.*) ¿Qué os pasa?
- FLORIÁN. ¡Lo de siempre! Esta, que se ha empeñado en no hacer caso del médico, y ni quiere ir al campo, ni ponerse inyecciones, ni nada... ¡Y usted tiene parte de culpa!
- D. PITO. (*Asombradísimo.*) ¿Yo?
- FLORIÁN. ¡Usted le prometió al doctor, delante de mí, que le obligaría a seguir el tratamiento, y que usted mismo le pondría las inyecciones!
- D. PITO. ¡Pero oiga usted!... ¿Pero yo, cuándo?...
- FLORIÁN. ¿También me llama de usted? ¡No, si aquí acabaremos todos mal de la cabeza! ¡Si ya dijo el doctor que esa enfermedad es contagiosa!
- M.^a ROSA. ¡Pero Florián!...
- FLORIÁN. Basta. Ahora mismo voy a preparar la jeringuilla, y el que va a ponerles las inyecciones a los dos voy a ser yo. (*Mutis primera izquierda.*)
- M.^a ROSA. (*Asustada.*) ¡Ay, padre, vámonos de aquí!
- D. PITO. ¿Cómo irnos? ¿Ahora que vamos a comer caliente todos los días? ¡¡Eso ni aunque me jeringuen!!...
- M.^a ROSA. Yo no puedo soportar que Florián —enterado Dios sabe cómo de todas mis fantasías— haya venido a tomarnos el pelo. ¡Vámonos, aunque se descubra todo!... No me importa ya que Araceli se ría de mí... ¡Pero él, no!... Me duele mucho que me pague con una burla el estar queriéndole con toda mi alma.
- D. PITO. ¡Pero si no se burla, hija!
- M.^a ROSA. También pensé yo al principio que Hortensia o Aca-

cia le habían mandado a sacarme del apuro. Pero, padre, es que al quedarnos a solas ¡¡sigue diciendo que es mi marido!!

D. PITO. *(Convencido.)* ¡Porque lo es!

M.^a ROSA. ¿Eh?

D. PITO. Y si no, ¿de qué me ha servido a mí pasarme año y medio espolvoreándote la correspondencia?... Te dije que se te convertiría todo en realidad, ¡y míralo! ¡¡Esto es el resultado de mis conjuros, el cúmulo de los ensalmos y la concatenación de los exorcismos!!

M.^a ROSA. ¡Está usted loco!

D. JUSTO. *(Entrando por foro izquierda.)* ¡Hombre, me alegro tropezarles a solas!... Pero esta señorita... o señora —¡que ya estoy hecho un taco!— ¿cuándo mentía: cuando decía que era casada o cuando afirmaba que era soltera?

D. PITO. Las dos veces.

D. JUSTO. Entonces, ¿Florián del Campo es o no es su marido?

M.^a ROSA. No, señor; no lo es.

D. PITO. Diga usted que sí.

D. JUSTO. ¿En qué quedamos?

D. PITO. *(Enérgico.)* ¡En que se han acabao las dudas y aquí mando yo! *(A María Rosa.)* Tú, a vestirte. ¡Hale!... ¡Y te pones el traje que te ha dicho tu marido!

M.^a ROSA. Pero, padre, ¿de dónde saco yo ahora un vestido azul?

DONCELLA. *(Apareciendo por primera izquierda.)* Señorita...

M.^a ROSA. ¿Eh?

D. JUSTO. *(Estupefacto.)* ¿Quién es esta fámula?

DONCELLA. Cuando desee la señorita, puede pasar a vestirse. Ya le tengo preparado el modelo azul que le regaló ayer el señorito...

M.^a ROSA. ¡Pero!...

D. PITO. *(Radiante.)* ¿Lo ven ustedes? *(Como iluminado.)* ¡¡El rabo de lagartija!! ¡¡Si no podía fallar!!

M.^a ROSA. ¡Padre!

D. PITO. *(Empujándola.)* ¡Vete a vestir y calla!

M.^a ROSA. *(Al mutis.)* ¡Ay, que de aquí salimos locos!

D. JUSTO. *(A la doncella.)* Oye, rica, ¿y tú llevas mucho tiempo en esta casa?

DONCELLA. ¡Qué cosas pregunta el señor!... Demasiado lo sabe el

señor, que desde que entré no ha dejado el señor de perseguirme por los pasillos. (*Mutis.*)

D. JUSTO. (*Asombrado.*) ¡¡Y yo sin enterarme!! (*A don Pito.*)

¿Pero es que usted ha embrujado mi casa?

D. PITO. Lo que aquí está pasando, pa que usted lo sepa, es el resultao de la concatenación de los exorcismos...

D. JUSTO. ¿Qué dice?

D. PITO. ¡Nada, que usted es mi cuñado, aunque le pese! ¡Y yo soy de la Reserva!

CÁNDIDO. (*Por el foro.*) Pero, apa, noys, ¿qué fam tan sols?

D. JUSTO. ¡El cordobés!

CÁNDIDO. Y vostet, meta prisa a su filla, hombre de Deu.

D. PITO. Ahora le diré qui vingui.

FELIPE. (*Por el fondo derecha.*) ¡Papi, papi!... ¡Qué alegrón vas a llevarte!... ¡Mamá y Consuelito acaban de regresar de Suiza!

D. JUSTO. (*Alarmadísimo.*) ¿Eh?... ¿Qué dice?...

CÁNDIDO. ¡Quina oportunitat!

FELIPE. ¡Pasad, pasad por aquí!

(*Entran la señora NIEVES y ACACIA, elegantemente vestidas de viaje. Les sigue HORTENSIA, de doncella. Traen maletas, etc.*)

D. PITO. ¡Atiza!... ¡Ya estamos todos!

ACACIA. ¡Un beso, papaíto!

D. JUSTO. ¿Pero qué es esto, que yo me vuelvo loco?

ACACIA. Anda, mami, dale un abrazo y perdónalo.

NIEVES. ¡No! ¡No le perdono, ni le perdonaré mientras viva!

¡Adúltero!... ¡Mal marido!

TODOS. ¿Eh?

NIEVES. Sé que me has traicionado...

D. JUSTO. ¿Yo? (*A don Pito.*) Pero, oiga, ¿esto es también la concatenación?

D. PITO. ¡Ca, hombre! ¡¡Esto es la recaraboncia en bicicleta!...!

CÁNDIDO. Pero, señora, ¿cómo va a traicionarla un hombre que siempre dise la veritat?...

NIEVES. ¡Estoy enterada de todo!

D. JUSTO. (*Indignadísimo.*) ¡Bueno, esto pasa de castaño oscuro!... ¡Y ahora hablo yo, porque estoy harto de...!

- NIEVES. ¿Cómo? ¿Encima me vas a alzar el gallo? ¿A mí?...
(*Le da una bofetada.*)
- D. JUSTO. ¡¡Ay!!
- TODOS. ¡Calma!
- NIEVES. ¡¡Y voy a matarte, por canalla!!
- D. JUSTO. (*Asustadísimo.*) ¡¡Socorro!!... ¡¡No me pegue!!
(*Sale huyendo por primera izquierda.*)
- ACACIA. (*Tras él.*) ¡Papaíto! ¡Papaíto!...
- HORTENSIA. ¡Señorita, por Dios! (*Mutis por el mismo lado.*)
- FELIPE. ¡Cálmate, mami!
- NIEVES. ¡Le dije que si le pillaba en una se le iba a caer el pelo, y ya se puede ir comprando Petróleo Gal! (*Vase también por primera izquierda.*)
- CÁNDIDO. Esto le ocurre a su cuñado por ser demasiado sinsero... ¡¡Si a las donas no se les puede desir la veritat!...
- D. PITO. ¿Ah, no?
- CÁNDIDO. ¡Y si me apuran vostedes, la veritat no se le debe desir nunca a nadie!
- FELIPE. (*Asombrado.*) ¿Y usted es el Presidente de la Liga contra la Mentira?
- CÁNDIDO. ¡As claro!... Así mi mujer se cree todo lo que yo le digo...
- D. PITO. ¡Caray, con el cordobés!...
- CÁNDIDO. ¿O es que se piensan que si no me iba a dejar venir a Madrit a pasarme unos días de esparsimiento?...
- D. PITO. Total: que es usted un tío tirao...
- CÁNDIDO. Lo único que deploro, ¿sap?, es que aquí, en esta familia tan seria, sé que yo hago un mal papel...
- D. PITO. ¿Usted aquí?... ¡¡No lo crea!!
- FELIPE. ¡Aquí no hace un mal papel nadie!
- D. PITO. Por lo pronto, esta noche les diremos que nos vamos los tres a San Francisco.
- CÁNDIDO. ¿A qué San Francisco?
- D. PITO. A una «boite» que han abierto hace pocos días. Se titula «San Francisco de California».
- FELIPE. ¡Va usted a ver cosa buena!
- CÁNDIDO. ¡Pues apa, noys, a California y no parlems res!

MÚSICA

(TELÓN CORTO que representa la entrada a una «boîte» elegante y moderna. Después de un solo de batería se levanta este corto y APARECE UNA DECORACIÓN, que representa la PISTA DE UNA «BOITE».)

ANIMADORA. El misterio,
California,
de tus noches
perfumadas,
California,
California,
fué el dulce veneno
que aún llevo en el alma...

TIPLES.

Tu recuerdo...

¡California!

ANIMADORA.

... al olvido

dar no puedo...,

California,

que una noche

di, bajo tu luna,

mis besos primeros.

TIPLES.

Ecos de California

inspiran mi canción,

que lleva en su cadencia

nostalgias de un amor.

ANIMADORA.

¡De un amor!

TIPLES.

Tu recuerdo...

ANIMADORA.

¡California!

TIPLES.

... al olvido

dar no puedo...

(Mutis las tiples.)

ANIMADORA.

California,

que una noche

di, bajo tu luna,

mis besos primeros.

(Sale un «COW-BOY» (Bailarín), que ejecuta un bailable con la Animadora.)

OSCURO

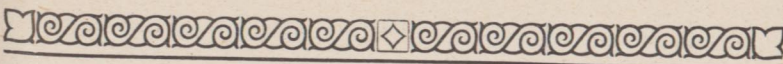
*(Aparece una decoración en forma de APO-
TEOSIS. En escena, cow-boys y colifornianas.
Después sale CALIFORNIANA (Vedette) y «COW-
BOY» 1.º (Galán), y CANTAN el motivo del nú-
mero en tiempo de vals. Finalmente, vuelven a
escena la ANIMADORA, el «COW-BOY» bailarín y
las TIPLES.)*

Todos.

California,
California,
con tus noches perfumadas,
California,
California,
me diste el veneno
que aún llevo en el alma.
¡California! ¡California!

TELON

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Elegante estancia de una suntuosa finca en El Escorial. Muebles apropiados.
Por la tarde.

(Al levantarse el telón están en escena DON PITO, HORTENSIA, la DONCELLA y el mayordomo BAUTISTA oyendo la radio. Don Pito, arrellanado en un cómodo sillón, da las últimas chupadas a un formidable veguero. Hortensia, coquetonamente vestida de doncella, aparece escribiendo cerca del aparato de radio.)

- LOCUTOR. ... El interior izquierda pasa la pelota al extremo...
Este al centro, que cambia al ala derecha...
- DONCELLA. ¡Ay, qué emoción!
- HORTENSIA. ¡Cállate, chica, que se me va!
- LOCUTOR. La pelota es devuelta al centro... El centro la cede al interior... Este la recoge. ¡Avanza rápidamente hacia la portería del Madrid...!
- DONCELLA. ¡Ay, que meten un gol!...
- LOCUTOR. Huete intenta cortar la jugada. ¡El interior cede a su extremo, que corre la línea... ¡Centra!... *(Enorme rumor del público.)*
- BAUTISTA. ¡Lo metieron!
- LOCUTOR. Parecía inminente el tanto; pero Florián, en una magnífica estirada, ha logrado desviar la pelota a «córner».
- DONCELLA. ¡Bien por el señorito!
- BAUTISTA. ¡Hay que celebrarlo! ¡Otra copita, señor!
- D. PITO. Venga, y van doce.
- DONCELLA. A copa por parada. ¿Tú no bebes?

- HORTENSIA. Yo estoy tomando la retransmisión en taquigrafía.
DONCELLA. ¡Hay que ver!... Una doncella que sabe hasta taquigrafía... Cómo se nota que ha estado en Suiza, ¿verdad, mi coronel?
- HORTENSIA. Más sabes tú, que sabes hasta latín...
LOCUTOR. Señores oyentes: El partido es de lo más emocionante. Los blancos logran mantener su ventaja de un tanto a cero, gracias al gran guardameta Florián, que está en la mejor tarde de su vida.
- BAUTISTA. ¿Oye el señor lo que dicen de su yerno?
D. PITO. ¡Hay que celebrarlo! (*Beben.*)
LOCUTOR. Continúa el juego. Falta escasamente un minuto para terminar el encuentro. Tiene la pelota el delantero centro, que avanza. ¡Sortea a Ipiña!... ¡Sigue avanzando!... ¡Pasa a Corona!... ¡¡Inevitable!!... (*Vocerío.*)
- BAUTISTA. ¡Ahora sí que...!
LOCUTOR. ¡¡Bravo!! ¡¡Formidable!! ¡Florián se ha arrojado a los pies del jugador, arrebatándole la pelota y salvando a su equipo de un tanto seguro!
- DONCELLA. ¡¡Es un as!!
BAUTISTA. ¡Otra copa! (*Beben.*)
LOCUTOR. Saca fuerte... Recoge el medio centro, que pasa largo sobre el extremo... Sauto corre magníficamente, yendo la pelota a... (*Vocerío.*) ¡¡En este momento el árbitro da por terminado el partido!! (*Vocerío y gritos de «¡Ra, ra, ra!»*)
- BAUTISTA. ¡Vaya victoria!
DONCELLA. ¡¡Viva mi señorito!!
LOCUTOR. ¡La gente, entusiasmada, invade el campo y sube en hombros a Florián, el verdadero artífice del triunfo!
- D. PITO. ¡A ver ahora lo que dice Rienzi!...
DONCELLA. ¡Hemos ganao!... ¡Hemos ganao!...
TODOS. ¡Ra! ¡Ra! ¡Ra!
M.^a ROSA. (*Por el fondo.*) ¿Eh? ¿Qué les pasa?
LOCUTOR. Señores oyentes: Terminada la retransmisión del partido, conectamos con nuestros estudios. Muy buenas tardes, señoras y señores.
- DONCELLA. ¿No se ha enterado usted?... ¡Un triunfo enorme del señorito!

- HORTENSIA. ¡Lo han sacado en hombros, como a los toreros! (*La doncella cierra la radio.*)
- BAUTISTA. ¡Estamos ebrios de emoción!
- D. PITO. ¡De emoción y de celebrar todas las paradas! Ven aquí a tomar una copita.
- DONCELLA. ¡Bien puede la señorita estar orgullosa de tener un marido así!
- M.^a ROSA. ¡Por lo visto os han dado órdenes de que siga la broma!
- BAUTISTA. ¡Señorita, por Dios!... ¡Cómo íbamos a atrevernos!...
- M.^a ROSA. ¡Vosotros sabéis que el señorito Florián y yo no estamos casados!
- DONCELLA. ¿Que no están casados?
- BAUTISTA. ¿Es posible?
- D. PITO. No hagáis caso. ¿No le habéis oído decir al señorito que la señorita padece de amnesia? Pues eso es todo: se casó, sólo que no se acuerda.
- DONCELLA. ¡Pues hay detalles que no se le debían olvidar a una!
- D. PITO. Y el caso es que yo también debo padecer de lo mismo, porque algunas cosas no acabo de recordarlas. ¿De modo que decís que cuando su abuela, la Duquesa, le regaló al señorito esta finca de El Escorial, él se la regaló a mi hija?
- BAUTISTA. Hace año y pico.
- M.^a ROSA. Sí. ¡Y también han dicho que nosotros hemos estado aquí otras veces!...
- DONCELLA. Apenas hay semana que no venga la señorita.
- M.^a ROSA. ¡Bueno, está bien!... (*La doncella hace mutis.*)
- HORTENSIA. ¡Nos están tomando los rizos a modo!
- BAUTISTA. En cambio, el señor no había venido desde el verano pasado, cuando tuvo aquel incidente con el alcalde.
- D. PITO. ¿Yo, con el alcalde?
- BAUTISTA. ¿No recuerda el señor que le pegó en el Hotel Miranda y tuvo que irse a Madrid porque quería meterlo en la cárcel?
- D. PITO. ¿A mí? ¡No tengo ni idea!
- BAUTISTA. Por cierto, que dijo el alcalde que cuando volviera por aquí el señor, hablarían.
- D. PITO. (*Alarmado.*) ¡Mi madre!... ¡Pues esas cosas se avi-

- sán a tiempo, caray! ¿Y decís que se han llevado el coche?
- BAUTISTA. Se han ido en él al partido el señorito Florián, la señorita Araceli y don Cándido.
- D. PITO. ¿Y a qué hora sale el primer tren?
- M.^a ROSA. ¡Pero, padre, si todo esto es una broma!
- D. PITO. ¡Por si las moscas! ¡Que hay alcaldes que gastan muy malas pulgas!
- DONCELLA. (*Entrando, con servicio de bandeja, etc.*) Las yemas, señor.
- M.^a ROSA. ¿Eh? ¿Qué es eso?
- BAUTISTA. Como siempre que venía el señor a El Escorial exigía que le sirviéramos un par de yemas cada dos horas... ¡Mira, de esto sí que voy haciendo memoria!
- D. PITO. ¡Vamos, padre! ¿Pero no ve que se están burlando?
- M.^a ROSA. ¡Cállate ya, niña! ¿Dónde has visto tú que para burlarse de uno se le sobrealimente? (*A la Doncella.*) Toma, llévate esto.
- DONCELLA. Sí, señor. (*Mutis.*)
- M.^a ROSA. (*Al mayordomo.*) Y usted, avise a don Justo.
- BAUTISTA. Está en el jardín, jugando al «tennis» con su señora.
- M.^a ROSA. (*Asombrada.*) ¿Con quién, con doña Nieves?
- BAUTISTA. ¡Es el hombre más gracioso que he conocido! Antes de comer se ha puesto a contarnos cuentos y nos ha hecho llorar de risa!... ¡La de chascarrillos que sabe!... Miren, ahí llega su señora.
- HORTENSIA. Y bastante alterada, por cierto.
- M.^a ROSA. ¿Qué le sucederá? (*A Bautista.*) Retírese.
- (*El Mayordomo hace mutis. Entra en escena la señora NIEVES en traje de tennis, con la raqueta.*)
- NIEVÉS. (*Sofocadísima.*) ¡Ay!... ¡Pronto!... ¡Escondedme, por favor!
- TODOS. ¿Eh?... ¿Qué le pasa?
- NIEVES. ¡Ese hombre!... ¡Me persigue!... ¡Me acosa! ¡En qué hora se me ocurriría vengarme del sofocón aquel!
- D. PITO. ¡Caray, señá Nieves!... ¿Pero tan mal le va en su nuevo estao?
- NIEVES. ¡Ustedes no tienen idea de lo que es ese hombre en

plan de marido cariñoso!... Y bien está que, para disimular, haga ciertas cosas delante de don Cándido... ¡Pero es que cuando nos quedamos solos se pone más tierno todavía!

- HORTENSIA. Recuérdale usted que no es su marido.
NIEVES. Ya lo hago. ¿Y sabes lo que me contesta? Que estoy muy débil y que si me han puesto la inyección.
M.^a ROSA. ¡¡Lo mismo que el otro!! (A su padre.) ¿Ve usted cómo nos toman el pelo?
D. PITO. Os repito que lo que aquí pasa es un milagro que está por encima de la inteligencia humana.
M.^a ROSA. ¡Vamos, padre, despierte, que ya va siendo hora!
D. PITO. Tú fíjate que todo lo que le escribías a Araceli se ha convertido en realidad.
NIEVES. Pero oiga, ¿usted es que no tiene nunca un clarito?
D. PITO. Hoy trae la prensa que Florián estaba casado contigo en secreto.
M.^a ROSA. Porque lo han copiado de «La Verdad Desnuda», que lo decía ayer por la tarde.
HORTENSIA. Eso lo han hecho los redactores para vengarse del Director: publicar que tú eres su sobrina, que Florián es tu marido y que usted es la mujer de don Justo.
D. PITO. Bueno, pues paso por que eso sea una venganza y por que este hotel, que inventaste en tus cartas, haya brotado de repente. Y paso por que vengamos aquí y nos conozcan los criados, y a mí me llame «mi coronel» hasta un motorista en la carretera, ¡que ya es pasar!...
NIEVES. ¡Sí, señor!
D. PITO. ...¡Pero a ver si no es un milagro que don Justo resulte ahora gracioso!... Un hombre que, cómo sería de serio, que leyó el proyecto de convertir en cinco años la calle de la Cruz en otra Gran Vía, ¡y ni se sonrió siquiera!
NIEVES. ¡En cambio, esta mañana, cuando hemos llegado aquí y nos han dado una habitación para los dos, se ha reído que ni con «La Codorniz»!...
M.^a ROSA. Y su hijo de usted, ¿qué piensa de todo esto?
NIEVES. ¿Felipín?... ¡Con ése no hay que contar! Se ha convertido en un pollo-pera y está encantado de la vida.

- HORTENSIA. ¡No hace más que pedirle dinero a don Justo cuando ve que no se lo puede negar!
- NIEVES. ¡Si es el único que va en coche!
- D. PITO. ¡Toma, como que ayer por la tarde se compró ya un «topolino»!
- M.^a ROSA. ¡A esto hay que darle una solución!
- NIEVES. (*A don Pito.*) Usted que pasa aquí por un hombre de carácter, lo tiene que arreglar.
(*En este momento entra por el foro DON JUSTO, también en traje de tennis, con su raqueta. Le sigue BAUTISTA.*)
- D. JUSTO. (*Al Mayordomo.*) Ahí está. ¡Dígaselo, a ver si escarmienta!
- NIEVES. (*Asustada.*) ¡El!
- BAUTISTA. Pero mi coronel, ¡por Dios!, ¿cuándo va el señor a cambiar de carácter?
- M.^a ROSA. ¿Eh? ¿Qué ocurre?
- D. JUSTO. ¡Lo de siempre! Que ayer le dió dos bofetadas a Perico Portolés, en el Casino de Madrid, y, claro, ahora le manda los padrinos.
- D. PITO. (*Asustado.*) ¿A mí?
- BAUTISTA. En el despacho están.
- NIEVES. ¿Cómo? ¿Pero un desafío?...
- D. JUSTO. ¡Y con quién ha ido a estrellarse esta vez!
- BAUTISTA. Con un primer premio del Tiro de Pichón y dos accesis de primera clase en Ulía.
- D. PITO. ¿Ah, sí?
- D. JUSTO. Un hombre que ve una mosca a cincuenta metros, la apunta y...
- NIEVES. ¿La mata?
- D. JUSTO. ¡La descabella!
- D. PITO. (*Aterrado.*) ¡Mi madre, qué tino!
- BAUTISTA. En el campeonato que patrocinó el americano Max Smith hizo noventa y siete dianas seguidas y se llevó las tres copas.
- D. PITO. ¡Ah, pues eso sí que no! ¡Yo no me bato con un hombre que tiene tres copas de Max!
- BAUTISTA. ¡Eso es incorrecto, mi coronel!
- D. JUSTO. ¿Cuándo has visto tú que se pueda dar esa excusa?
- D. PITO. ¿Y cuándo le he dao yo dos bofetás a ese señor, a

- quien no tengo el gusto de conocer? ¡Pero, hombre, si yo no he sido socio del Casino, ni he desafiado a nadie en mi vida! ¡Que lo diga ésta!
- M.^a ROSA. Padre, que lo de los desafíos también se lo escribíamos a Araceli.
- D. PITO. ¡Sí, pero esto es muy distinto!
- D. JUSTO. ¿Cómo distinto? ¡¡Es la concatenación!!
- D. PITO. ¡Esto es un pitorreo y aquí se han acabao las concatenaciones y el pitonismo pa los restos!
- TODOS. ¡Don Pito!
- D. PITO. ¡Cuidao! A mí desde hoy me llaman ustedes Robustiano, que es mi nombre. *(Al Mayordomo.)* ¡Usted, dígame a esos señores que cuando quieran apadrinar y alguien que organicen un bautizo!
- BAUTISTA. Bien, señor. *(Mutis.)*
- D. PITO. ¡Y en cuanto vuelva don Cándido le digo la verdad!
- D. JUSTO. ¡Alto! ¡Aquí no dice nadie la verdad, o mato a uno!
- TODOS. ¿Eh?
- M.^a ROSA. ¿Cómo? ¿Y es usted quien habla así?
- D. JUSTO. ¡Suya es la culpa! Usted me pidió que mintiese durante cinco minutos, y, puesto a mentir, a mí ya no hay quien me gane.
- NIEVES. ¿Es posible?
- D. JUSTO. Sepan que he encontrado en la mentira un placer desconocido para mí.
- D. PITO. ¡Mi madre! Bueno, pues nosotros nos largamos aunque sea en un mercancías...
- D. JUSTO. ¡De aquí no sale una rata mientras yo no le venda el periódico a don Cándido! *(A Nieves.)* Anda, ¡esposa mía! Coge la raqueta y vamos a jugar otro partido, que tienes que eliminar grasas.
- NIEVES. ¡Don Justo! ¡Que estoy que ya no puedo con mis huesos!
- D. JUSTO. ¿Pues qué se creía usted, que no había más que presentarse diciendo que era mi mujer, y que todo se iba a reducir a que su niño me llamase papá y me sacara los cuartos?... ¡No, señora! ¡Aquí vamos a ver a cuál de los dos se le cae antes el pelo!
- HORTENSIA. ¡Lo que es usted es un hipócrita, que nos ha tenido engañados a todos!

- D. JUSTO. ¿Eh?... ¡Cómo se entiende!...
- HORTENSIA. Para que lo sepáis: este hombre es... ¡casado!
- TODOS. ¿Eh?
- NIEVES. ¿Casado? (*Indignada.*) ¿Pero cómo?... ¿Con otra?
- HORTENSIA. Sí, señora. Con una tal Sole; una viuda que tiene un puesto de flores en la calle Torrijos...
- D. JUSTO. ¡Calla!
- HORTENSIA. Y le abandonó a usted porque no podía aguantar sus verdades.
- D. JUSTO. ¡Claro! ¿Ven ustedes como vivía yo en un error?
- HORTENSIA. Pero esta mañana, al leer en los periódicos que está usted casado con doña Nieves, se ha presentado en la Redacción a darle un escándalo.
- D. JUSTO. ¿Eh?... ¿Y tú cómo lo sabes?
- HORTENSIA. Porque ha llamado Manzano a conferencia y he cogido yo el teléfono.
- D. JUSTO. ¿Y qué ha dicho? ¡Cuenta!
- HORTENSIA. Pues eso; que se ha presentado allí esa señora con un tío suyo.
- D. JUSTO. (*Aterrado.*) ¿Con uno que fué teniente de Carabineros? ¡Dios mío, con el genio que tiene!
- HORTENSIA. Y al enterarse de que estaba usted aquí, han dicho que salían los dos para El Escorial en el tren de las seis y catorce.
- D. JUSTO. ¡A ver! ¡Uno que baje a la estación y le diga al jefe que no dé parada a ese tren! ¡Que los mande a Las Navas, que allí tendrán mejor clima!
- HORTENSIA. Ella dice que no lo hace por usted, sino por su hijo, que lo ha dejado usted tirado.
- D. JUSTO. ¿Y yo qué tengo que ver con ese hijo, si es de su primer matrimonio? (*A Hortensia.*) ¡Pida usted otra conferencia y entérese bien!
- HORTENSIA. Sí, señor. (*Mutis foro derecha.*)
- NIEVES. ¡Cuidado!... ¡El mayordomo!
- BAUTISTA. (*Por donde hizo mutis.*) Todo arreglado, mi coronel.
- D. PITO. ¡Más vale así!
- BAUTISTA. Ahora hay que disponer las cosas para la fiesta de esta noche.
- D. JUSTO. ¿Pero es que aquí se dan fiestas?
- BAUTISTA. ¡Que lo diga la señorita!

- M.^a ROSA. ¡A mí déjeme en paz!
BAUTISTA. Sobre todo en tiempos de la Duquesa abuela. ¡En este mismo salón se celebraban unos saraos en los que se reunía lo mejor de Madrid!... Mi padre, que era el mayordomo de la casa, me los ha descrito muchas veces.
TODOS. ¿Ah, sí?

MÚSICA

(Al atacar la orquesta cae un TELÓN CORTO, con motivos adecuados al número, y ante el que cantan los cinco personajes.)

- BAUTISTA. Al son elegantón de una pavana
y a veces al compás de un minueto
o al ritmo juguetón de una mazurca,
se baila en el salón con gran respeto.
M.^a ROSA. Las más bellas palabras de cariño
NIEVES. Y el tembloroso afán de una promesa
D. PITO. Bailando se murmuran por lo bajo.
D. JUSTO. Haciéndole el amor a la pareja.
BAUTISTA. Y después de la redova,
para más animación,
alineadas las parejas
da comienzo el rigodón.
M.^a ROSA. Rigodón,
rigodón,
que requiere gran distinción.
NIEVES. Rigodón,
rigodón,
porque da elegancia al salón.
TODOS. Rigodón,
rigodón,
si se baila sin atención
se estropea el polisón.

(MUTIS cómico. Se levanta el telón corto, apareciendo la misma DECORACIÓN, con muebles de la época. En escena, una DAMISELA, un PETRIMETRE, DAMISELAS y PETRIMETRES, et-

cétera, representando un sarao de la época. Aparecen bailando los últimos compases de un rigodón. Al terminar el rigodón dice la Damsela.)

RECITADO

- DAMISELA. Ande, Ricardito, díganos cómo es el baile de moda.
PETRIMETRE. Con mucho gusto.
TODOS. ¡La polca!... ¡La polca!...

CANTADO

- DAMISELA. Enséñeme a danzar
el aire polonés,
que en los salones elegantes
la locura es.
PETRIMETRE. Ese aire popular
que priva hoy en Madrid,
ya se bailaba mucho antes
en Valladolid.
DAMISELA. A su compás
parece que me vuelan los pies.
PETRIMETRE. (¡Pues ya verás
qué de juanetes tienes después!)
- DAMISELA. ¡Qué dulce sensación
se apoderó de mí!...
Lo que he sentido en un momento
nunca lo sentí.
PETRIMETRE. Permítame que así
le abarque el talle bien
y marque ahora un movimiento
como de vaivén.
La polca-ca,
la polca-ca,
que vino de Polonia por ferrocarril;
la polca-ca,
la polca-ca,
la baila todo el mundo desde el mes de abril.
- TODOS. La polca-ca, etc., etc.

(Bailan cómicamente la polca.)

HABLADO

(Al hacerse la MUTACIÓN aparecen nuevamente en escena MARÍA ROSA, NIEVES, D. PITO, DON JUSTO y BAUTISTA.)

D. PITO. La verdá es que, por lo que usté nos describe, han debido dar aquí una clase de cachupinadas...
BAUTISTA. ¡Oh!... No tienen ustedes idea.

(En este momento entra HORTENSIA, agitada.)

HORTENSIA. ¡Ay!... ¡¡Ay, señores!!
TODOS. ¿Qué pasa?
HORTENSIA. ¡Ay, qué susto se van ustedes a llevar!
D. JUSTO. (Saltando.) ¿Cómo? ¿Es que ha venido ya la Sole?
HORTENSIA. No, señor; no se trata de la Sole. ¡Salga usted, Bautista! ¡Vaya a ayudarles!...
BAUTISTA. ¿Yo? ¿A quién?
HORTENSIA. (Empujándole.) ¡Ande usted en seguida! (Mutis del mayordomo.) ¡Es horrible! ¡Espantoso!
TODOS. ¿Pero el qué? ¡Habla! ¡Di!
HORTENSIA. ¡Acacia y Felipín!
NIEVES. ¿Eh?
M.^a ROSA. ¿Qué les ha ocurrido?
HORTENSIA. ¿Recuerdan ustedes que salieron a dar una vuelta en el «Topolino»? ¡¡Pues han dado tres o cuatro!!
TODOS. ¿Cómo?
HORTENSIA. ¡De campana!
D. PITO. ¡Mi madre!
D. JUSTO. ¡¡Hombre, me alegro!!
NIEVES. ¿Pero están heridos?
HORTENSIA. No; ahora que el susto ha debido ser de órdago; porque, de resultas, él se ha quedado sordo...
NIEVES. ¿Mi hijo sordo?
HORTENSIA. ¡¡Y ella tartamuda!!
M.^x ROSA. ¿Es posible?
HORTENSIA. Ah, y cuando les cuenten lo que han descubierto, ¡se van ustedes a quedar bizcos!
D. PITO. ¡¡Pues va a dar gusto vernos en familia!!
HORTENSIA. ¡Aquí los traen!

(Entra el MAYORDOMO como conduciendo a FELIPE. Detrás, DONCELLA con ACACIA.)

- BAUTISTA. ¡Con cuidado!
- FELIPE. No se moleste en hablarme. ¡Si no oigo ni pum!
- NIEVES. ¡Hijo mío!
- FELIPE. ¡Ay, madre, que estoy como un tabique!
- ACACIA. (Mostrando el volante de un coche.) ¡Mi... mi... mi-
ren! Lo... lo que ha que... que..., lo que ha que...
que... que...
- TODOS. ¿Eh?
- ACACIA. Lo que ha que... quedado del topo... topo...
- D. PITO. ¡Topolino!
- NIEVES. ¿Pero cómo ha sido?
- FELIPE. ¿Quééé?...
- NIEVES. (A gritos.) ¿Que cómo ha sido?
- FELIPE. ¿El oído?... ¡Y tan perdido!
- M.^a ROSA. (A los criados.) ¡Vayan ustedes a preparar unas tazas
de tila!
- DONCELLA. Sí, señorita. (Mutis con Bautista.)
- NIEVES. ¿De verdad no estáis heridos?
- ACACIA. No, no se... se... no se... se... se...
- NIEVES. ¿Cómo que no sabes? ¿Pues no os han mirado?
- ACACIA. Di... digo que no se... se... señora.
- D. JUSTO. El caso es que trae las piernas llenas de tafetanes.
- HORTENSIA. Eso es papel de goma, para hacernos creer que las me-
dias son de París.
- M.^a ROSA. ¿Y qué tiene que ver?...
- D. PITO. Todo hay que explicarlo. Es que a la chica le han di-
cho que, como son de cristal, en París las venden así
pa caso de bombardeo.
- FELIPE. ¿Pero están ustedes hablando?
- NIEVES. ¡Claro que sí!
- FELIPE. ¿Eh?
- D. PITO. (A grito pelado.) ¡¡Que claro que sí!!
- FELIPE. ¡Y yo sin enterarme de nada! Mañana mismo me tie-
nes que comprar un «Sonotone», papá.
- D. JUSTO. (Indignado.) ¿Papá?... ¡Como me vuelva a llamar
papá, ahora que estamos solos!...
- FELIPE. ¿Cómo?

- D. JUSTO. (*A don Pito.*) A ver, usted. Dígale por el amplificador que le voy a dar una bofetada ¡que la va a oír!
- M.^a ROSA. Y lo que nos tenías que contar, ¿qué es?... ¿A qué se refiere?...
- ACACIA. A una co... co...
- TODOS. ¿Eh?
- ACACIA. A una co... co... cosa que lo acl... cla... clara to... todo.
- HORTENSIA. ¡¡Pues que han averiguado ya por qué se presentó Florián diciendo que era tu marido!!
- TODOS. ¿Ah, sí?
- M.^a ROSA. ¿En dónde?
- ACACIA. Cua... cua... cuando hemos volca... ca... cado, que nos han lle... lle... lle...
- HORTENSIA. Sí, que los han llevado a curarles a una cantina de la carretera. Y allí había unos amigos de Florián comentando el caso con un motorista.
- D. PITO. ¡¡Ya salió el que me saludaba!!
- M.^a ROSA. (*Nerviosa.*) ¿Y qué decían?
- ACACIA. Te... te... advierto que lo... lo he oído yo so... so... sola...
- HORTENSIA. ¡Como que Felipe estaba ya sordo!
- D. JUSTO. ¿Y nos lo tiene que contar ésta?... ¡Pues para rato llevamos!
- ACACIA. E... e... éste tam... tam.. también lo sa... sabe... Se lo he con... con... contado yo. (*A Felipe.*) ¡Fe... Fe... Felipi... pipín!... Cuen... cuen... cuenta... ta... tales!...
- FELIPE. ¿Cómo?
- ACACIA. (*Chillando mucho.*) ¡¡Que... que les cu... cu... cuen... que les cuen... cuen!!...
- FELIPE. ¿Qué dices?
- D. PITO. ¡Mi madre, qué matrimonio van a hacer!
- NIEVES. ¡¡Que nos cuentes lo de Florián!!
- FELIPE. ¿Que ya se van?
- D. JUSTO. (*Desgañitándose.*) ¡¡Lo de Florián!!
- FELIPE. ¡Ah, ya; sí! ¡No hace falta que chille tanto! (*A los otros.*) ¡Pues que ya está aclarao el misterio!... Resulta que el origen de todo ha sido que Florián estaba

pasando unos días en Lisboa, y, a su regreso, se encontró con Araceli en el tren.

M.^a ROSA. ¿Entonces fué ella la que lo enamoró con una mirada?

FELIPE. ¿Cómo dices?

M.^a ROSA. ¿Que si fué ella la que...?

D. PITO. No le interrumpas, o no acabamos. Sigue, sigue.

FELIPE. ¿Eeeeh?...

D. JUSTO. ¡¡¡Que siga!!!

FELIPE.

Pues eso: que la conoció en el tren y empezó a castigarla sin que ella le hiciera caso... Y al día siguiente, o sea ayer, recordaréis que Florián fué al periódico a que rectificásemos no sé qué... Bueno, pues al salir a la calle. ¡zás!, Araceli que entraba. El, que le hace otra vez el amor, y ella que le contesta que sabe que es el marido de una íntima amiga suya, y que no sea sinvergüenza. (*Enfadado.*) ¿Eh? ¿Qué dicen ustedes?

D. JUSTO. ¡Nada, hombre!

FELIPE. ¿Cómo?

D. PITO. ¡¡Que no decimos ni pío!!

FELIPE.

(*Tranquilizándose.*) ¡Ah, creí que habían dicho que el sirvergüenza era yo! (*A María Rosa.*) Lo demás te lo puedes suponer: Florián que niega y Araceli que se lo lleva al hotel y le enseña todas tus cartas... En resumen, que pa que la demostrase que no era tu marido y que además estaba enamorado de ella, le exigió que se prestase a hacer esta farsa, ¡maldita sea!, que me ha costao a mí el oído...

M.^a ROSA. ¿De modo que están los dos de acuerdo?... ¿Y Araceli, además de burlarse de mí, se va a llevar al hombre que quiero?... ¡¡Eso sí que no, padre!!

D. PITO. ¡No llores tú, hija!

NIEVES. ¡La verdad es que lo han hecho con arte!

D. PITO. ¡Como que nos ha tomao los rizos hasta el paisano de Manolete!

HORTENSIA. No lo crea. Don Cándido es el único que no está en el ajo.

D. JUSTO. ¡Menos mal! A ver si aún le vendo el periódico, que cada vez lo veo más negro...

M.^a ROSA. ¿Y esto de la finca, cómo lo han podido arreglar?

- ACACIA. Po... po... porque ve... ve... verás: es que... que... que...
- D. JUSTO. ¡No, haga el favor!... Descanse un poco. (*A Felipe.*)
¿Que cómo han arreglado esto de la finca?
- FELIPE. Porque da la casualidad de que este hotel es de los padres de Florián, y, aprovechando que están en San Sebastián, nos ha traído aquí de acuerdo con el mayordomo, que es un sinvergüenza.
- D. JUSTO. ¡De acuerdo!
- BAUTISTA. (*Por foro derecha.*) ¿Señores?
- D. JUSTO. ¡El ruin de Roma!
- BAUTISTA. ¡El señorito acaba de llegar de Madrid con la señorita Araceli y con don Cándido!
- D. PITO. ¡Que pasen si se atreven!
- BAUTISTA. ¿No van los señores a felicitarle? ¡Ha estado hecho un hacha! Con decirles que el Presidente del Club le ha dado un premio de diez mil pesetas...
- M.^a ROSA. ¿Ah, sí?
- BAUTISTA. ¡Y yo voy a darle un abrazo! (*Mutis.*)
- M.^a ROSA. Ha jugado hoy mejor que nunca. ¡Claro, le estaba viendo la otra!...
- HORTENSIA. ¿Vas a tomar celos?
- M.^a ROSA. No lo sé. ¡De lo que estoy segura es de que de mí no se ríen más! ¡Ahora van a ver quién soy yo! Por lo pronto llevaos a esos dos, no metan la pata.
- ACACIA. Pe... pe... pero si a mí no se... se... se... se... me no... nota.
- D. JUSTO. ¿Que no se le nota?
- ACACIA. Só... só... sólo cua... cua... cuando ha... hablo.
- D. JUSTO. ¡Ah, claro! Y a éste cuando le hablan los demás.
- NIEVES. Anda, vamos, Felipín.
- FELIPE. ¿Cómo?
- NIEVES. ¡Dios mío! ¿Y a qué dedicaría yo a este hijo, con semejante sordera?
- D. PITO. Que pida una plaza de agente de circulación, de los que ponen multas; porque ésos, pa lo que tienen que oír...
- D. JUSTO. ¡Es la gran idea! Esta misma semana iré al Ministerio y se la pediré a mi ministro.
- FELIPE. ¿Eh?...

- NIEVES. ¡¡Que esta semana le va a hablar a su ministro!!
FELIPE. ¿Que no dan suministro esta semana?
D. PITO. ¡Vamos, anda, calla ya!...
ACACIA. Yo... yo... te lo... lo expli... plica...
FELIPE. ¿Eh?...
ACACIA. Cua... cua... cua...
FELIPE. ¡No me hagas el pato! (*Mutis cómico los dos, con Nieves y Hortensia, por la primera izquierda.*)
D. JUSTO. ¡¡Que os alivieis!!
CÁNDIDO. (*Por el foro derecha. Viene el hombre de sombrero cordobés y con su guitarra y todo.*) ¿Qué fam, que no salen a resibirnos?
D. PITO. ¡Arrea! ¿Pero usted viene del fútbol o de una becerada gremial?
CÁNDIDO. Miri, yo, es que me he puesto a tono con la fiesta de esta noche. ¡Hay que selebrar el triunfo de su esposito!
M.^a ROSA. ¿Va a haber guateque?
CÁNDIDO. ¡Y al estilo de mi tierra! Ya he contratado a dos tocadores y a una pareja de baile: Rafaelito el de Utrera y la Fideona.
D. JUSTO. Querrá usted decir la Macarrona.
CÁNDIDO. No, señor; ésta es la Fideona. La llaman así porque es de la misma familia, sólo que más delgada. ¡Esta nit va a correr aquí la mansanilla!
D. PITO. ¡Y la tila!
CÁNDIDO. Y vamos a cantar por todo lo jondo y a bailar por todo lo alto. ¡Lo que se llama una juerguesita!
D. JUSTO. ¡Lo que se llamaba! Que ahora a eso se le llama hacer arte folklórico.

(*Don Cándido hace unas falsetas en la guitarra.*)

M.^a ROSA. Ah, ¿pero usted?...
CÁNDIDO. Miri, en algo se le ha de conoser a uno que es de Córdoba... ¡Aay!... ¡Aay!...
D. JUSTO. ¿Pero canta usted flamenco también?
CÁNDIDO. No, hombre; ¡sí es que me está vostet pisando!...
ARACELI. (*Con FLORIÁN, por foro derecha.*) ¡¡Aquí está el héroe!!

- M.^a ROSA. (*Corriendo a abrazarle.*) ¡Florián mío!
- FLORIÁN. (*Extrañado.*) ¡María Rosa!
- D. PITO. ¡Enhorabuena, hombre!
- M.^a ROSA. ¡Ay, qué tarde más mala me has hecho pasar! (*A Araceli.*) Siempre que juega me pongo nerviosísima.
- ARACELI. ¿Ah, sí?
- M.^a ROSA. Estarás cansadito, ¿verdad, corazón?
- FLORIÁN. Un poco.
- M.^a ROSA. Anda, siéntate. Así. ¿Qué quieres tomar, rico mío?
- FLORIÁN. Primero tengo que ducharme...
- M.^a ROSA. (*Cogiéndole la cartera.*) ¿Eh? ¿Qué es esto?... ¡Oh! ¡Pero si llevas mucho dinero!...
- FLORIÁN. (*Quemadísimo.*) ¡Las diez mil pesetas del premio! ¡Trae acá!
- M.^a ROSA. ¿Y en qué las vas a emplear mejor que en darle un capricho a tu mujercita?... Tome, papá, guárdelas con las que me dió el mes pasado...
- D. PITO. ¡Voy volando! Bueno, esta hija ha salido a mí en todo. ¡Por lo menos ya no nos vamos de vacío! (*Mutis primera izquierda.*)
- M.^a ROSA. ¡Voy a comprarme un modelo precioso que vi ayer! ¡Mucho más bonito que el azul que me regalaste! Este es lila.
- FLORIÁN. (*Que está para estallar.*) ¿Eh?
- M.^a ROSA. ¡No, si digo el modelo!... ¡Ay, pero qué tonta soy! ¡Si no te he dado las gracias! ¡Gracias, maridín mío! ¿Quién te va a querer a ti con locura más que yo?... ¡Ha llegado el momento de las ternezas! Vamos al jardín, que el oncenno es no estorbar. (*Mutis foro derecha.*)
- CÁNDIDO. Hombre, sí, y vosotros nos cuenta uno de esos chascarrillos tan grasiosos que sabe.
- D. JUSTO. ¿Quién, yo?
- CÁNDIDO. Es que si no, no le compro el periódico, ¿eh?
- D. JUSTO. (*Aparte.*) ¡Pues me luzco si no me llevo a aprender este libro de memoria! «Trescientos cuentos baturros por una perra gorda»... ¡Gracias a que me he pasado la noche en vela!... (*Mutis.*)
- FLORIÁN. (*Reventando.*) ¡Bueno, señorita, comprenderá usted que las bromas están bien hasta cierto punto!

- M.^a ROSA. (Con la mayor naturalidad.) ¿A qué broma te referies?
- FLORIÁN. (Violento.) ¡Llame usted a su padre ahora mismo, y que me devuelva ese dinero!
- M.^a ROSA. Pero Florián, ¿cómo voy yo a...? ¡Tú no estás en tu juicio!
- FLORIÁN. ¡Le repito a usted que no admito más burlas!
- M.^a ROSA. ¿Y me tratas de usted? No, si llevabas razón. ¡Si esta enfermedad mía debe ser contagiosa! (Llamando.) ¡Papá!... ¡Papá!...
- D. PITO. (Dentro.) ¿Qué quieres, hija?
- M.^a ROSA. ¡Prepara la jeringuilla, que le vamos a poner a Florián la inyección!
- FLORIÁN. ¡María Rosa!
- M.^a ROSA. ¡No, por Dios!... (Aparece ARACELI y queda escuchando el resto de la escena.) ¡No te alteres, que estás muy débil!... Pero yo te cuidaré.
- FLORIÁN. ¡Basta de monsergas!
- M.^a ROSA. ¿Qué dices? En dos años de matrimonio no había oído de ti una grosería semejante. ¡Y eso es que ya no me quieres!
- FLORIÁN. (Medio loco.) ¿Eh? ¿Pero yo, cuándo la he...?
- M.^a ROSA. ¡Eso es que tienes otra mujer! ¡Sí! ¡No lo niegues! ¿Y sabes lo que te digo? ¡Que te vayas con ella! ¡Que yo no quiero ya ni verte!
- FLORIÁN. ¡Pero María Rosa!...
- M.^a ROSA. ¡Yo me quiero ir con mi papá!
- ARACELI. (Entrando en escena.) ¿Pero qué os pasa?
- M.^a ROSA. (Haciendo una transición completa.) No, nada. ¿Verdad que no nos pasa nada?
- FLORIÁN. ¡Casi nada! (Aparte.) ¡Diez mil pesetas que me han timado!
- M.^a ROSA. Todos los matrimonios regañan de vez en cuando. Tú lo debes saber, que has estado casada.
- FLORIÁN. ¿Cómo? ¿Es usted viuda?
- ARACELI. Divorciada nada más. En Norteamérica.
- M.^a ROSA. Y eso es peor. Que tú has regañado con tu marido para siempre. En cambio, a nosotros se nos pasa en seguida. ¿Verdad, encanto mío? Anda, para que vea

Araceli que hemos hecho las paces, damé ahora un beso.

FLORIÁN. ¡Déjeme!

ARACELI. Lo que me sorprende de ti... —bueno, te tuteo porque al fin y al cabo eres el marido de mi mejor amiga—; digo que me sorprende que un hombre moderno como tú no sepa evitarle un disgusto a su mujer. ¿A que todavía tengo que explicarte cómo hay que tratarnos?

FLORIÁN. Y acepto la lección.

ARACELI. Pues óyeme.

MÚSICA

ARACELI. Si quieres ser feliz con la mujer no entregues a ninguna el corazón, que todas las mujeres van detrás del hombre que se burla del amor.

M.^a ROSA. Lo mismo le sucede a la mujer que quiera ser feliz con un varón, porque también los hombres van detrás de aquellas que se ríen de su amor.

FLORIÁN. Vuestros consejos seguiré y guardaré mi corazón, aunque yo sé que luego haré lo que me dicte mi pasión.

ARACELI. Ya sé que es un error aconsejar.

M.^a ROSA. La cosa es muy difícil en amor.

FLORIÁN. *(Viendo aparecer a D. JUSTO y a D. CÁNDIDO por fondo derecha.)*

Aquí están los mayores, y veréis como ellos nos darán la solución.

D. JUSTO. ¿De qué se trata?

CÁNDIDO. ¿Qué hay que resolver?

FLORIÁN. Que les expliquen éstas la cuestión.

LAS DOS. Queremos que aconsejen a Florián

ELLÓS. ¡Cualquiera le aconseja a este señor!

I

- M.^a ROSA. Si quieres ser feliz con las mujeres...
CÁNDIDO. ... Despídete de hacer lo que tú quieres.
ARACELI. Si quieres ser feliz
tendrás que claudicar.
FLORIÁN. No tengo inconveniente
pues me gustan a rabiar.
ARACELI. Si quieres a tu esposa ver contenta...
D. JUSTO. ... No pidas que te aclare ni una cuenta.
M.^a ROSA. Y solamente así
dichosa me verás.
FLORIÁN. ¡Con tal de verte alegre,
qué me importa lo demás!...
TODOS. Es un consejo,
como tú ves,
en el que pongo
desinterés.
FLORIÁN. ¿Es un consejo
o es un rentoy?
TODOS. Es un consejo
que yo te doy.

II

- ARACELI. Cualquier contrariedad tú se la evitas...
D. JUSTO. ... Que son del sexo débil, ¡pobrecitas!
FLORIÁN. Y, sin embargo, yo
me compraré un bastón.
CÁNDIDO. Las hay que te lo quitan
y te dan un gañafón.
M.^a ROSA. No debes demostrar ser muy celoso.
CÁNDIDO. Ya sabes que en amor es peligroso.
D. JUSTO. Tampoco está muy bien
o me parece a mí,
hacer la vista gorda
como hay muchos por ahí.
TODOS. Es un consejo,
como tú ves,
en el que pongo
desinterés.

- FLORIÁN. ¿Es un consejo
o es un rentoy? . . .
- TODOS. ¡Es un consejo
que yo te doy!
¡¡Si quieres ser feliz con las mujeres,
ya vas dao!!

III

- M.^a ROSA. Me tienes que llevar a todas partes.
D. JUSTO. ¡Te puedes dar de baja en Bellas Artes!
ARACELI. Saldrás con tu mujer,
con ella volverás...
FLORIÁN. Con ella a todas horas,
y con ella nada más.
M.^a ROSA. ¿Y adónde va a ir un hombre sin su esposa...
ARACELI. ... Si es en su vida guía cariñosa?
D. JUSTO. Sin guía desde hoy
no debe andar usted.
CÁNDIDO. Vostet confunde a un hombre,
con diez kilos de café.
TODOS. Es un consejo, etc.

IV

- ARACELI. A veces la mujer es exigente...
CÁNDIDO. ... Y pide mil pesetas de repente.
M.^a ROSA. Perfumes de «Garlén»
y medias de cristal...
FLORIÁN. No importa; si es bonita,
lo que pida lo tendrá.
ARACELI. Si advierte la mujer que te domina...
D. JUSTO. ... Te va a poner al borde de la ruina.
CÁNDIDO. Te pide «pendantifs»
y abrigos de astracán.
D. JUSTO. Más caro es si le pide
que la lleve a un restaurán.
TODOS. Es un consejo, etc.

(MUTIS, bailando, por primera derecha.)

HABLADO

(Una ligera pausa y vuelven a escena ARACELI y FLORIÁN, por donde han hecho mutis.)

ARACELI.

¡No se moleste, que no le creo!

FLORIÁN.

¡Pero oye, Araceli, por favor!...

ARACELI.

¡Y le prohíbo que me tutee! He escuchado desde ahí la conversación que ha sostenido usted con su mujer...

¡Porque ahora sí que estoy segura de que María Rosa es su auténtica mujer!

FLORIÁN.

¡Yo te juro!...

ARACELI.

Usted ha pretendido engañarme y burlarse de mí.

FLORIÁN.

(Desesperado.) ¿En qué hora se me ocurriría prestar-me a hacer esta farsa?

ARACELI.

¡Bah! ¡Su farsa empezó ya en el tren!

FLORIÁN.

¿Cómo te demostraría que te digo la verdad, y que no quiero a nadie más que a ti?

ARACELI.

¡Florián! ¿Es de veras?...

FLORIÁN.

¡Mi vida!

(En este momento entran en escena D.^a SOLEDAD y TAPIA, por foro derecha. La primera es una señora encopetadísima. Viene en traje de viaje. Con abrigo. Tapia es su administrador.)

D.^a SOLEDAD.

(Al ver a Araceli y Florián abrazados.) ¡Oh! ¡Mire el matrimonio! ¡Arrullándose como unos palomos!...

¡Florián!

ARACELI.

¿Eh?... ¿Quién?

FLORIÁN.

(Sorprendido.) ¡¡Mamá!!

D.^a SOLEDAD.

¡Hijo!

FLORIÁN.

(Saludando a Tapia.) ¿Caballero?

D.^a SOLEDAD.

Es mi nuevo administrador.

(Le hace una seña, y Tapia, obedeciendo a ella, queda en segundo término, en actitud respetuosa.)

FLORIÁN.

¿Pero cómo tú por aquí?

D.^a SOLEDAD.

¿No te lo figuras? He leído esta mañana en San Sebastián que estabas casado en secreto.

FLORIÁN.

(Aterrado.) ¿Eh?

D.^a SOLEDAD. ¡Ah, p^acarón!... ¡Sin decírselo siquiera á tus padres!...

FLORIÁN. (*Aparte.*) ¡¡Esto sí que es peor!!

D.^a SOLEDAD. Conque me he metido en el coche y aquí me tienes, a conocer a tu mujer. ¡Ya os he visto muy abrazaditos! (*A Araceli.*) ¡Ven acá, hija mía!

ARACELI. (*Azorada.*) ¡Señora!...

D.^a SOLEDAD. (*Cuando va a besarla se fija en ella, y se detiene.*) ¿Eh? (*Se cala los impertinentes y la mira con ellos.*) ¡Pero usted no es la que traían retratada los periódicos! (*Hace una transición brusquísima.*) ¡¡Florián!! (*Muy severa.*) ¿Qué significa esto?

FLORIÁN. Verás, mamá... Yo te explicaré...

D.^a SOLEDAD. ¡¡Basta! Has de saber que tanto tu padre como yo transigíamos con ese matrimonio celebrado sin nuestro consentimiento por tratarse de una sobrina de don Justo Cárcamo, ese hombre íntegro y digno de emparentar con nosotros...

FLORIÁN. Es que yo...

D.^a SOLEDAD. ¡¡Silencio!!... Pero si todo esto es una nueva calaverada tuya, que nos pone a todos en ridículo una vez más, considérate desheredado, y no cuentes ya para nada con tus padres. (*A Tapia.*) ¡¡Vámonos a San Sebastián!!

TAPIA. ¡Pero señora!... ¿Sin detenernos a comer?

FLORIÁN. ¡Por Dios, mamá, óyeme!... Si es que no me dejas hablar. ¡Naturalmente que estoy casado con la sobrina de don Justo!

ARACELI. (*Indignada.*) ¿Ah, sí?

FLORIÁN. Esta señorita es una amiga íntima de mi mujer.

D.^a SOLEDAD. ¿Y a una amiga de tu mujer la abrazas en tu propia casa?

ARACELI. ¡Señora!

FLORIÁN. ¡Discúlpame, mamá!

M.^a ROSA. (*Por primera derecha.*) Oye, Florián: dice el tío que...

¡Ah, perdón!

FLORIÁN. ¡¡María Rosa!! Ven aquí. (*Aparte.*) ¡Por Dios, señorita! ¡Sálveme usted, por lo que más quiera!

M.^a ROSA. ¿Yo?

FLORIÁN. Mira, mamá. Te presento a María Rosa...

- D.^a SOLEDAD. ¡Hija mía! ¡Oh, tú sí!... ¡Tú sí que eres la de las fotos! (*Muy contenta.*) ¿Luego es cierto que estáis casados?
- M.^a ROSA. ¡Hace dos años!
- D.^a SOLEDAD. ¿Y todavía no...? (*Señalando la altura de un niño pequeño.*)
- M.^a ROSA. ¡Todo, todo se andará, señora!
- D.^a SOLEDAD. ¡Oh, qué guapa eres!... ¡Llámame madre, y dame un beso!
- M.^a ROSA. ¡Y mil!
- ARACELI. (*Rabiosa.*) ¿Entonces es verdad lo que yo me figuraba?
- FLORIÁN. ¡Hazte cargo, Araceli!
- M.^a ROSA. (*Como reparando en ella.*) ¿Eh?... ¿Pero está ahí esa mujer? (*Aparte.*) ¡Ahora me las paga!... ¿Esa mujer, que, dándoselas de amiga mía, ha venido a robarme el cariño de mi marido? ¡Vete!... ¡¡Vete de aquí!!
- ARACELI. (*Indignadísima.*) ¿Yo?
- D.^a SOLEDAD. ¡No te disgustes tú, María Rosa! (*Enérgica.*) ¡¡Y usted, salga de esta casa inmediatamente!!
- FLORIÁN. ¡Mamá, por Dios!
- D.^a SOLEDAD. ¡¡Lo manda mi hija!!
- CÁNDIDO. (*Entrando primera derecha.*) ¿Eh?... ¿Qué sucede?
- ARACELI. ¡Ay, tío, que nos echan de aquí!
- CÁNDIDO. ¿A nosaltres?
- ARACELI. ¡Me voy, sí, me voy!... ¡¡Pero yo he de poner en claro todo esto!! (*Mutis foro derecha.*)
- M.^a ROSA. ¡Ha intentado robarme a mi marido!
- CÁNDIDO. Pero, hombre, no le hagan caso. ¡Si a mi sobrina no le gusta más que fantasear! Esto será otro enredo igual que el de las cartas que le enviaba a vostet desde Nueva York... ¿Recuerda que le escribía que su padre era diplomático y que ella se había casado con un peliculero? ¡Pues todo mentiras!
- M.^a ROSA. ¿Ah, sí?
- FLORIÁN. (*Aparte.*) ¡¡Se engañaban las dos!!
- CÁNDIDO. Si no se ha movido nunca de Lisboa, donde vive con su padre, que es tranviario.
- FLORIÁN. ¡No me diga!

- CÁNDIDO. ¡Y por sierto que me tienen a mí frito a sablasos!
- D.^a SOLEDAD. ¿Y le escribía todos esos embustes a mi hija? (*A María Rosa.*) ¿Pero tú concibes esto?
- M.^a ROSA. Yo no, mamá. ¡Hay cosas que no se las explica una!
- FLORIÁN. (*Aparte.*) ¡Qué carota de niña!
- D.^a SOLEDAD. ¡Decididamente, tengo que tomar cartas en el asunto! (*A don Cándido.*) ¿Caballero?... Como me figuro que será usted tan mentiroso como su sobrina, le ruego que salga también de esta casa.
- FLORIÁN. ¡Pero mamá!...
- CÁNDIDO. ¡Ascolti! Sepa vostet que yo no digo nunca inexactitudes. ¡Y esto es tan sierto como que soy de Córdoba!
- D.^a SOLEDAD. ¿Usted de Córdoba?... ¡Y dice que no miente! ¡Salga, salga de aquí!
- CÁNDIDO. ¡Sí, señora! Pero conste que, aunque vostet no se lo crea, yo soy un cordobés.
- D.^a SOLEDAD. ¡Usted es un hongo, y gracias!
- CÁNDIDO. ¿Yo un hongo!... ¡¡Y vostet una seta!! (*Mutis foro derecha.*)
- D.^a SOLEDAD. ¿Pero de qué gente estábais rodeados? ¡Ahora mismo os vestís y salimos en el coche para San Sebastián!
- M.^a ROSA. ¿irme yo con su hijo? ¡De ninguna manera!
- D.^a SOLEDAD. ¿Eh?
- FLORIÁN. ¡María Rosa!
- M.^a ROSA. ¡Yo no puedo olvidar la ofensa que me has hecho con la otra, ¡mal marido! ¡¡Perjuro!!
- FLORIÁN. (*Por lo bajo.*) ¡Cállese!
- M.^a ROSA. (*Llorando cómicamente.*) ¡¡Yo me quiero ir con mi papá!! (*Mutis primera izquierda.*)
- D.^a SOLEDAD. ¡Y lleva toda la razón! ¡Si tienes una mujer que no te la mereces!...
- FLORIÁN. ¿Eh?...
- D.^a SOLEDAD. Ve a pedirle perdón inmediatamente.
- FLORIÁN. ¿Quién, yo?
- D.^a SOLEDAD. Ah, pues mientras no hagas las paces con María Rosa considérate desheredado.
- FLORIÁN. ¡Bueno, mamá, está bien! No te pongas así... ¡Ahora mismo voy!... (*Al mutis.*) ¡¡Me la he buscado yo solo!!... (*Vase por la izquierda.*)

- D.^a SOLEDAD. (*A su administrador.*) ¿Qué le parece todo esto?
- TAPIA. ¿Eh?
- D.^a SOLEDAD. ¿Que qué le parece?
- TAPIA. ¡Ah, ya! ¡Perdón, doña Soledad; pero, francamente, no me he enterado de nada! Ya conoce la señora mi defecto. (*Señalándose al oído.*) Y como no nos hemos detenido ni a comer, se me ha acentuado con la debilidad, y estoy imposible.
- BAUTISTA. (*Por el fondo.*) ¿Eh?... ¿Pero cómo aquí la señora?
- D.^a SOLEDAD. He llegado hace un momento.
- BAUTISTA. ¿Y el señor, señora?
- D.^a SOLEDAD. Ya sabes que no hay quien lo arranque de su San Sebastián de su alma. ¡Si no se pasea todos los días por la Concha, no es feliz!... Allí lo dejé abandonado... Mira: te presento al señor Tapia, mi nuevo administrador.
- BAUTISTA. ¡A sus órdenes! ¿Ya no tiene la señora al señor Flores?
- D.^a SOLEDAD. ¿A quién, a Flores? ¡Oh! ¡Aquél oía demasiado!... Desde hace un mes ocupa su puesto este otro.
- BAUTISTA. ¡Ya!
- D.^a SOLEDAD. ¡Estoy muy contenta, Bautista, muy contenta! Acabo de conocer a mi nuera, y es una criatura angelical...
- BAUTISTA. (*Asombrado.*) ¿Eh?... ¿Entonces es verdad que el señorito Florián estaba casado?
- D.^a SOLEDAD. ¿Cómo que si es verdad?
- BAUTISTA. Yo creí que se trataba de una broma de las tuyas. Como el señorito es así...
- D.^a SOLEDAD. ¿Una broma? ¡Ah, no, no!... Pues yo tengo que enterarme. He leído que está aquí don Justo Cárcamo con su señora. Dile que le quiero ver. ¡Ese hombre que no ha mentado jamás me sacará de dudas! Mientras le avisas voy a quitarme el sobretodo. (*A Tapia.*) Acompáneme usted.
- TAPIA. ¿Cómo?
- D.^a SOLEDAD. ¡¡Que me siga!! (*Mutis foro izquierda.*)
- TAPIA. ¡Sí señora!
- BAUTISTA. ¿De modo que usted es el que ocupa el puesto del señor Flores?...

- TAPIA. ¿Eh? Nada, está visto: hasta que no comamos no cogeré onda. (*Vase por foro izquierda.*)
- BAUTISTA. ¡Me parece que he metido el cuevo! (*Viendo entrar a D. JUSTO, por la derecha.*) ¡Hombre, me alegro que salga!... ¿Sabe usted quién ha venido y quiere verle inmediatamente?
- D. JUSTO. ¿A mí? ¿Quién?
- BAUTISTA. ¡Doña Soledad!
- D. JUSTO. (*Aterrado.*) ¿Eh? (*Aparte.*) ¡¡La Sole!! ¡Eso es que ha llegado ya el tren de las seis catorce! (*A Bautista.*) ¿Y viene con el teniente?
- BAUTISTA. ¡¡Y viene con el teniente!! Voy a avisarles. Cuidado con lo que habla, ¿eh?, que no sabe usted el genio que tiene la señora.
- D. JUSTO. ¡Qué me va usted a contar a mí! (*Mutis del mayor-domo.*) ¡¡Estoy perdido!! (*A NIEVES, D. PITO y FELIPE, que salen por primera izquierda.*) ¡La Sole y el carabnero acaban de llegar!
- D. PITO. ¡Arrea!
- FELIPE. ¿Qué dice?
- NIEVES. ¡Lo que te hemos contado de la Sole y de su tío!
- D. PITO. ¡¡Que ya están aquí!!
- D. JUSTO. ¡Por favor, recíbanles ustedes, que yo no me atrevo! Háganles los cargos. Ah, y si les hablan del hijo no les hagan caso, ¡que yo les juro que no es mío!... ¡Vaya usted descuidao!
- D. PITO. Si es preciso, les ofrecen una indemnización.
- D. JUSTO. ¿Pero no tiene ya un puesto de flores?
- NIEVES. No importa. (*A don Pito.*) ¡Dele de momento estas quinientas pesetas! (*Al mutis.*) ¿Dónde me escondería yo? (*Vase por primera derecha.*)
- D. PITO. ¡Yo creo que con veinte duros va que chuta!
- NIEVES. ¡Ahí llegan!
- D. PITO. «Dejarme» a mí, que yo pa estas cosas tengo buena mano.
- D.^a SOLEDAD. (*Entrando en escena por foro izquierda, seguida de TAPIA.*) ¿Y Cárcamo? ¿Dónde está el señor Cárcamo?
- D. PITO. Bueno, vayamos por partes. ¿Usted es la Sole, verdá?
- D.^a SOLEDAD. (*Indignada.*) ¿Cómo la Sole? ¡¡Querrá usted decir doña Soledad!!

- D. PITO. Ah, bueno; no nos oponemos, ¿verdá?... ¿Pero a que es usted la que tiene el puesto de flores?
- D.^a SOLEDAD. ¿Yo?... ¡No, señor! El que tiene el puesto de Flores es éste.
- D. PITO. ¡Da igual!
- NIEVES. (*A Felipe.*) ¡Resulta que el que vende los claveles es el tío!
- D.^a SOLEDAD. ¡Y me sorprende mucho que me confundan con él!... (*Digna.*) ¡Han de saber ustedes que yo...!
- D. PITO. ¡Chist!... ¡Cuidao! Aquí escándalos, no.
- D.^a SOLEDAD. ¿Eh?
- D. PITO. Sepa usted que ésta es una casa honrada.
- D.^a SOLEDAD. ¡Me consta!
- D. PITO. ¡Pues por eso! Y ya que nos pilla en una buena disposición, aproveche usted y no sea tonta.
- D.^a SOLEDAD. ¿Y qué es lo que tengo yo que aprovechar? ¡¡No entiendo una palabra!!
- TAPIA. ¿Qué le dicen?
- D.^a SOLEDAD. Me dicen que aproveche.
- TAPIA. ¡¡Pero si aún no hemos comido!!
- FELIPE. (*A su madre.*) ¿Qué habla esa señora?
- NIEVES. ¡¡Se hace la loca!!
- D. PITO. ¡Va a haber que darle cuarenta duros por lo menos!
- D.^a SOLEDAD. ¿Señores?... Ignoro quiénes son ustedes.
- NIEVES. (*Aparte.*) ¡Cualquiera le dice que aquí soy yo la mujer de su marido!...
- D.^a SOLEDAD. Por lo tanto, permítanme que les repita que con el que quiero hablar es con Justo Cárcamo. ¡Es un asunto de familia!
- D. PITO. Ah, ¿sí? Pues resuélvalo sin mezclar a su marido para nada.
- D.^a SOLEDAD. No se trata de mi marido. ¡Se trata de mi hijo!
- D. PITO. (*A los otros.*) ¡Ya salió el hijo!...
- NIEVES. ¿Y qué tiene que ver don Justo con ese hijo de usted?
- D.^a SOLEDAD. ¡Más de lo que ustedes suponen!
- D. PITO. Le advierto que aquí no nos chupamos el dedo... ¿O es que nos va a venir a nosotros con el cuento de que ese hijo es de su marido?
- D.^a SOLEDAD. (*Indignada.*) ¿Eh? ¿Qué dicen?
- FELIPE. ¡¡Que estamos al cabo de la calle!!

- D.^a SOLEDAD. ¡Oh! ¡Yo les juro que aunque en tiempos se habló lo que se habló de mí y del Marqués de Ceriñola, siempre he estado enamorada de mi esposo!
- NIEVES. Entonces, ¿por qué lo ha abandonado usted?
- D.^a SOLEDAD. Porque no hay quien lo separe de la Concha.
- NIEVES. ¿De la Concha?
- FELIPE. ¿Qué pasa?
- D. PITO. ¡Que ahora resulta que además tiene otra!
- FELIPE. ¡Los hay con suerte!
- D. PITO. Bueno, esto lo arreglo yo de una vez. Mire, señora. Le voy a dar cuarenta duritos pa que le compre usted al niño lo que quiera.
- D.^a SOLEDAD. ¿Qué dice?... ¿Que yo...?
- D. PITO. Y ahora se va usted al tren con el del puesto de flores. ¡Ahí van!
- D.^a SOLEDAD. ¿Qué significa esto?... ¡Ofrecerme a mí doscientas pesetas! (*Tirándole los billetes.*) ¡¡¡Grosero!!!
- NIEVES. ¿Qué hace?
- FELIPE. ¿Pero es que le parece poco?
- D. PITO. Oiga, pamplinas aquí, no, ¿eh?... ¡¡Porque lo que es las quinientas no se las lleva usted se ponga como se ponga!!...
- D.^a SOLEDAD. ¡Oh! ¡No puedo seguir escuchándoles!... ¡Sería volverme loca! (*A Tapia.*) ¡¡Entiéndase usted con ellos!! (*Mutis.*)
- TAPIA. ¡Ah, sí, ya! (*Aparte.*) ¿Pero de qué asunto estarían tratando?
- D. PITO. (*Aterrado.*) ¡Mi madre!... ¡Y nos echa encima al tío este, que creo que es una fiera! Se me ocurre una cosa. (*A Felipe.*) ¡¡Entiéndete tú con él!!
- FELIPE. ¡Ah, bueno!
- NIEVES. ¿Mi hijo con ese hombre? ¡A ver si le pasa algo!
- D. PITO. Imposible. ¿No ve que, aunque le insulte, no le va a oír? Vamos a dejarlos solos. (*Mutis con Nieves por primera derecha.*)
- FELIPE. A éste le doy dos voces y se achica. ¿De modo que usted es el teniente de Carabineros?
- TAPIA. ¿Y a mí qué?
- FELIPE. ¿Eeh?...

- TAPIA. ¡Que a mí qué me importa que sea usted teniente de Carabineros!
- FELIPE. ¡No me mire así, que no me asusta! ¿Ve usted el miedo que nos ha dao su sobrina? Pues usted, ¡¡menos!!
- TAPIA. Cada vez menos, sí, señor. ¡Y mientras no coma, no tengo arreglo!
- FELIPE. Sin amenazar, ¿eh?, sin amenazar... ¡Claro que yo a usted lo he tañado!... Usted es de los que en cuanto se les planta cara ¡¡salen de naja!!
- TAPIA. *(Aparte.)* ¿Y para qué querrá este hombre una navaja? Le advierto que es muy grande y no le va a servir.
- FELIPE. ¿Quién, usted a mí?... ¡Ja, jay!...
- TAPIA. ¿Cómo dice?
- FELIPE. *(Aparte.)* ¡Anda, y se me pone flamenco! ¡¡Que usted a mí no me la da!!
- TAPIA. Sí, hombre. Se la doy. ¡Con mucho gusto! *(Saca una navaja de muelles y la abre.)*
- FELIPE. *(Aterrado.)* ¡Ay!... ¡¡¡Socorro!!! ¡¡¡Auxilio!!! *(Sale huyendo por foro derecha.)*
- TAPIA. *(Yendo detrás de Felipe, con la navaja abierta.)* ¿Dónde va? ¡Tome usted, hombre! ¡Tome usted! *(Vase tras él.)*
- D. PITO. *(Entrando en escena.)* ¿Eh? ¿Qué ocurre? *(Asustado.)* ¡Lo mata!
- D. JUSTO. *(Por primera izquierda.)* ¿Qué? ¿Han conseguido arreglar el asunto?
- D. PITO. Hemos delegao en Felipe.
- D. JUSTO. ¿Pero aún no han acabado con él?...
- D. PITO. Van a acabar de un momento a otro.
- D. JUSTO. ¿Ah, sí?
- D. PITO. ¡Desde luego cuente usted con un sordo menos!
- FLORIÁN. *(Por la primera izquierda.)* Oiga usted, don Pito. María Rosa se ha encerrado en su habitación y no consiente en oírme. ¡Necesito que hable usted con ella!
- D. PITO. ¿Es que pasa algo?
- FLORIÁN. ¡Que se la he presentado a mi madre como si efectivamente fuera mi mujer!

- D. JUSTO. ¡Atiza!
- FLORIÁN. Y como con mi madre no valen chanzas, dígale a su hija que nos casamos mañana mismo.
- D. PITO. Ah, ¿sí? (*Emocionado.*) ¡¡Yerno de mi vida!!
- D. JUSTO. ¿Pero es verdad?
- FLORIÁN. Sólo pongo una condición: que no se entere mi madre, para que crea que estamos casados desde hace dos años. ¡Dígaselo a María Rosa!
- D. PITO. ¡Ahora mismo!
- FLORIÁN. En la pérgola les espero. (*Mutis foro.*)
- D. JUSTO. ¡Pero oiga!... ¡Entonces, si se casa su chica con Florián, va a resultar cierto lo del rabo de lagartija!...
- D. PITO. (*Entusiasmado.*) ¡Naturalmente! ¡Como que le descifré yo el porvenir en las rayas de la mano, y eso sí que no engaña!... Traiga usted acá la izquierda y le digo todo lo que le va a pasar.

(*Cae detrás de ellos un TELÓN CORTO, sobre motivos de quiromancias, cartomancias y demás mangancias.*)

- D. JUSTO. Hombre, sí. ¡A ver qué ve en ella!
- D. PITO. Espere, porque esto quiere decir que... (*Con extrañeza.*) ¿Pero usted no está casao con la Sole?
- D. JUSTO. No, señor; era sólo un apaño.
- D. PITO. ¿Y pa eso la he tratao yo con tanto respeto?... ¿Ve usted esta raya? ¿Ve cómo se cruza con esta otra más pequeñita?... ¡Pues significa que antes de una semana estará usted casao!...
- D. JUSTO. ¿Yo casado? ¿Yo diciéndole a una mujer «gacela mía», cuando todo lo más son unas cacatúas?... ¡Ya no me creo nada de esto!
- D. PITO. ¡Porque no habrá estudiao usted Historia! Mire: una gitana le leyó en las rayas de la mano a una mocita de Granada que iba a ser reina... ¿Y sabe usted quién era esa mocita? ¡Eugenia de Montijo! ¿Y sabe usted a lo que llegó?... ¡A Emperatriz de la Francia!

MÚSICA

(El telón corto empieza a transparentarse, dejando ver una alegoría de Granada. En escena, la GITANA echándole la buenaventura a EUGENIA DE MONTIJO.)

GITANA.

Oye, Condesa de Teba,
capuyito de amapola...
¡De Graná, la más bonita!...
¡Cachito de pura gloria,
que eres orgullo de todos
y eres envidia de todas!...
¡Si tiés hechuras de reina
y cara de emperaora!...
Permita Undivé der sielo
que malos dengues me coman
y que mis clisos se sierren
y que no hable más mi boca
si no digo la fetén
der sino de tu persona
leyéndote en esta mano
las rayitas que la adornán...
Esta dise que te aguardan
riquezas... y honor... y pompa...
mucha salú... larga vida...
¿Eh?... ¿Qué leo yo en esta otra,
ay, Virgen de las Angustias,
que me he quedao temblorosa?...
¡En el oro de tu pelo
veo arsarse una corona!...
¡¡Tú vas a sé... más que reina!!
¡Un hombre que se enamora
de ti, deposita un trono
a los pies de tu persona!...
Oye, Condesa de Teba,
cachito de pura gloria,
orguyo de todos todos
y envidia de todas todas...
¡Si te lo dije al prinsipio;
capuyito de amapola!:

¡¡Si tiés hechuras de reina
y cara de emperaora!!

OSCURO

(Al darse de nuevo la luz aparece una espectacular decoración que representa UN SALÓN, y en el foro los JARDINES DE VERSALLES.)

LA GUARDIA
DE LA

EMPERATRIZ. Desde que vino aquí a reinar
todo en Versalles se cambió,
que a su conjuro singular
más flor se ve brotar
y brilla más el sol.
Esta total transformación
es un misterio para mí,
y al propio Rey Napoleón
le llama la atención.
y se pregunta así:
¿Por qué las flores
de estos jardines
tienen aroma
de Andalucía,
y se oye un eco
de «soleares»
hasta en el aire
que se respira?...

EUGENIA

DE MONTIJO. *(Apareciendo.)*
Porque conmigo
vino mi tierra
con su alegría,
con su aureola;
que antes que reina
soy de Granada,
y antes que nada
soy española.

GUARDIA. Triunfó en París entero tu belleza;
no había más que halagos para ti...

EUG. DE M. Y el Rey, que se olvidó de su realeza,

- se convirtió en vasallo y dijo así:
Eugenia de Montijo,
hazme con tu amor feliz...
Yo, en cambio, voy a hacerte
de mi Francia Emperatriz.
Eugenia de Montijo,
si te entregas a mi amor,
serás tú, más que reina,
dueña del Emperador.
- GUARDIA. Por ti las flores
de esos jardines
tienen aroma
de Andalucía.
- EUG. DE M. ¡Y se oye un eco
de «soleares»
hasta en el aire
que se respira!
- TODOS. ¡Eugenia de Montijo,
hazme con tu amor feliz!...
etc., etc.

CORTINAS

(Continúa la acción de la obra en una alegre PÉRGOLA con muebles apropiados. Aparecen sentados en escena NIEVES, D. PITO y FLORIÁN.)

HABLADO

- NIEVES. ¡Por Dios, Florián!... Beba y tranquilícese, que en seguida tendremos noticias...
- FLORIÁN. *(A don Pito.)* ¿Y por qué no le ha hablado usted mismo, como le dije?
- D. PITO. Hombre, porque he pensao que si yo le suelto de sopetón a María Rosa que te quieres casar con ella en serio, se me desmaya... Por eso he mandao a la Acacia, que con su tartamudez se lo tiene que decir poco a poco, aunque no quiera...

(Entra D. JUSTO, todo él vendado y con un brazo en cabestrillo.)

- D. JUSTO. ¡Ay, caballeros!...
- NIEVES. ¿Eh?
- FLORIÁN. ¡Don Justo!
- D. PITO. ¿Pero es que se ha caído?
- D. JUSTO. ¡¡Con todo el equipo!! Y ustedes son los culpables.
- NIEVES. ¿Nosotros?
- D. JUSTO. Ustedes, que se comprometieron a arreglarme el asunto de la Sole!... Y cuando más tranquilo estaba en el jardín, creyéndolo todo resuelto, ¿saben ustedes quién se ha presentado? ¡¡La propia Sole con su tío!!
- NIEVES. ¿Es posible?
- D. PITO. ¿Entonces con quién hemos hablao nosotros?
- D. JUSTO. Y menos mal que el jardinero les ha dicho que no estaba en casa y se han ido a buscarme cada uno por un lado.
- D. PITO. Ah, ¿pero no le han...? (*Acción de pegar.*)
- D. JUSTO. ¡Todavía no! Esto me lo he puesto para que el primero que me encuentre se crea que me ha pegado ya el otro.
- D. PITO. ¡No está mal el truco!
- D. JUSTO. Pero no es esto lo que venía a decirles. ¡Es algo peor!
- D. PITO. Ah, ¿sí?
- NIEVES. ¿El qué?
- FLORIÁN. ¿Qué ocurre?
- D. JUSTO. Pues que, por lo visto, su madre de usted echó de aquí a Araceli y a don Cándido por embusteros...
- FLORIÁN. Lo sé.
- D. JUSTO. Y entonces Araceli le ha contado todo a su tío. Y éste dice que va a volver a comprobarlo y que, como no sea verdad lo que le hemos dicho, además de no comprarme a mí el periódico —¡que eso ya lo doy por descontado!—, va a enterarle a su madre de todos nuestros embustes.
- FLORIÁN. ¿Eh? ¿Pero qué embustes?
- D. JUSTO. Pues calcule usted: que ni María Rosa es mi sobri-
na, ni esta señora es mi mujer, ni Felipe es mi hijo...
(*Asombrado.*) ¿Es posible?... ¡Ah, pues eso sí que no lo puede saber mi madre! ¡Si no es verdad, hay que hacer que lo sea!

- TODOS. ¿Eh?
FLORIÁN. (*A don Justo.*) ¡Usted se casa mañana mismo con esta señora!
- D. JUSTO. ¿Yo? ¡Eso, ni lo sueña!
FLORIÁN. ¿Cómo que no? (*Enérgico.*) ¡O se casa usted, o le ahogo!
- NIEVES. ¡¡Así me gustan los hombres!!
D. PITO. ¿No le dije que antes de ocho días estaba usted casao? ¡Pues tome! ¡Pa que se ría de los horóscopos!
- FLORIÁN. Yo necesito que María Rosa sea sobrina de usted, y el mejor procedimiento es casarle a usted con una hermana de su padre.
- NIEVES. ¡Pero si yo no soy hermana de don Pito!
FLORIÁN. Ah, ¿tampoco?
D. PITO. No, señor.
FLORIÁN. Entonces, para no perder el tiempo, ¿usted es el padre de María Rosa, sí o no?
- D. PITO. ¡Hombre, a mí eso me ha dicho siempre su madre!
FLORIÁN. En ese caso es preciso que ustedes dos sean hermanos.
- D. JUSTO. ¡Caray! ¿Y cómo se arregla ese parentesco?
FLORIÁN. Muy sencillo. (*A Nieves.*) ¿No tiene usted ninguna hermana?
- NIEVES. No, señor. Yo no tengo más familia que mi prima Agapita.
FLORIÁN. ¡Pues ya está! (*A don Pito.*) ¡¡Usted se casa con Agapita!!
- D. PITO. ¿Yo?
FLORIÁN. Así su hija de usted será hija de Agapita, y, por lo tanto, sobrina de la prima de Agapita, o sea de usted. (*Por Nieves.*) Y, por afinidad, sobrina también del marido de la prima de Agapita, que es el señor. (*Por don Justo.*)
- NIEVES. Hay un inconveniente, ¿eh?
FLORIÁN. ¿Cuál?
NIEVES. ¡Que Agapita vive en Venezuela!
D. PITO. ¡Mi madre! ¡Entonces es una prima muy lejana!
FLORIÁN. ¡Se casa usted por poder y da igual!
D. PITO. Bueno, hijo; yo, lo que tú digas.
D. JUSTO. ¿Y se va usted a casar por poder?

- D. PITO. ¡Peor están los que no se casan por no poder!
FLORIÁN. Así queda todo resuelto. Ustedes, matrimonio... Us-
tedes, cuñados...
- NIEVES. Eso es. (*A don Justo.*) Y Felipín resulta hijo tuyo
por ser hijo mío, y la Acacia resulta hija nuestra
por casarse con Felipín.
- FELIPE. (*Entrando por la izquierda.*) ¿Eh? ¿Qué dicen us-
tedes?
- D. PITO. (*A gritos.*) ¡¡Que al casarte tú con la...!!
FELIPE. No grite, que oigo ya perfectamente.
TODOS. Ah, ¿sí?
FELIPE. Se conoce que con el susto que me ha dao el de la
navaja, he recuperao el oído. Por cierto que me ha
parecido escuchar que hablaban de mi boda con la
Acacia.
- NIEVES. ¡Claro!
FELIPE. Pues no se hagan ilusiones, que he cambiao de idea
y me caso con otra.
- D. JUSTO. ¿Con otra?
NIEVES. ¿Qué dices?
FELIPE. ¿A que no saben ustedes quién se ha enamoraó de
mí?... ¡¡Araceli!!
- TODOS. ¿Eh?
FLORIÁN. ¿Araceli?
D. PITO. ¿Y qué ha visto esa mujer en ti?
FELIPE. Pues eso es lo más grande: que ahora que he recu-
perao el oído, se ha ido a encaprichar de mi sordera.
¿Y qué vas a hacer?
NIEVES. Ya lo tengo pensao. ¡Hacerme el sordo toda la vida!
FELIPE. (*Dentro.*) ¡Felipín!
ARACELI. ¡Ella! ¡Disimulen!
FELIPE. (*Entrando por la derecha.*) ¡Felipinito!... Ven y
dime: ¿has pensado en mí?...
- FELIPE. ¿Eeh?...
- ARACELI. ¡¡Que si te has acordado de tu Aracelina!!
FELIPE. ¿Qué dices?
ARACELI. ¡Oh! Como ven ustedes, no oye nada. ¡Va a hacer
un marido encantador!
(*Aparte.*) ¡Que te crees tú eso!...
- FELIPE. (*Por la derecha.*) ¡Oh, señores!...

- TODOS. ¡Don Cándido!
- CÁNDIDO. ¡No! ¡No me den explicaciones!... ¡Ya no me importa que me hayan engañado! ¡Yo le compro a usted el periódico de todas maneras!
- D. JUSTO. ¡Vaya! ¡Menos mal!
- CÁNDIDO. Estoy molt satisfecho, ¿sap? Voy a casar a mi sobrina, y no crean ustedes que era una cosa tan fácil, ¿eh?
- D. JUSTO. Ah, ¿no?
- CÁNDIDO. Hombre, miri: como el novio no oye, se lo puedo decir a ustedes. ¡Es que mi sobrina es viuda y con tres niños!
- TODOS. ¿Eh?
- FLORIÁN. (*Aparte.*) ¡De buena me he librado!
- NIEVES. ¿Qué dice?... ¡Entonces yo no puedo consentir que un hijo mío cargue con...!
- D. PITO. ¡Amos, cálese!... ¿Se va usted a quejar, encima de que al día siguiente de la boda va a empezar a cobrar subsidio?
- CÁNDIDO. ¡Vamos, noys! (*A don Justo.*) Mañana firmamos la escritura y nombro a mi sobrino Director. ¡Es mi regalo de boda!
- ARACELI. ¡Vamos, tito! (*Vase con don Cándido por la derecha.*)
- NIEVES. ¿Pero de verdad te casas con ella?
- FELIPE. ¡Como que voy a desperdiciar semejante porvenir!...
- NIEVES. ¿Y qué vas a hacer de la Acacia?
- FELIPE. Ya lo ve usted: ¡dejarla plantada! (*Mutis derecha.*)
- D. JUSTO. ¡Mire! Aquí llega.
- ACACIA. (*Entrando por la izquierda.*) Se... se... ño... ño...
- FLORIÁN. ¿Qué? ¡Cuenta!... ¿Qué te ha dicho María Rosa?
- ACACIA. Que no se mo... mo... ¡Que no se mo... mo... moleste!
- TODOS. ¿Eh?
- D. JUSTO. ¿Pero cuándo le darán a esta chica otro susto, a ver si también se le pasa?
- ACACIA. Que no se... se... quiere ca... ca... casar con usted...
- TODOS. ¿Eh?
- FLORIÁN. ¿Cómo?

- D. PITO. ¿Pero es verdá que ha dicho eso?
FLORIÁN. ¿Que no se quiere casar conmigo?...
M.^a ROSA. (Por la derecha, vestida de viaje.) ¡Naturalmente que no!... ¿O es de servicio obligatorio?
- FLORIÁN. ¡María Rosa!
D. JUSTO. ¿Pero no estaba usted tan enamorada de Florián?
M.^a ROSA. Sí, señor. ¡Locamente enamorada! Pero de un Florián que yo había imaginado completamente distinto del que es en realidad. ¡Ande, padre, vámonos!
- FLORIÁN. ¡No! ¡Tú no sales de aquí sin oírme!
M.^a ROSA. ¡Suelte!
FLORIÁN. ¡Escucha, María Rosa!... ¿Pero qué más puedo hacer que casarme contigo?
- M.^a ROSA. ¿Y piensa usted que yo puedo unirme a un hombre que me ofrece su mano sólo para evitar que le deshereden?... Entonces, ¿qué concepto tiene usted de mí?...
- FLORIÁN. ¡Es que yo!...
M.^a ROSA. No se canse, Florián. Lo he pensado muy bien. ¡Tanto, que para no poder arrepentirme, le he confesado a su madre toda la verdad!...
- TODOS. ¿Eh?
FLORIÁN. ¿Pero mi madre sabe...?
M.^a ROSA. ¡Todo!
D. PITO. ¡¡La hemos pringao!!
FLORIÁN. ¿Y qué ha dicho?
M.^a ROSA. Me ha dado esta carta para usted y se ha ido a San Sebastián. (Florián se pone a leer la carta.)
- D. JUSTO. ¡Todo perdido!
D. PITO. ¡Y yo que me había hecho ya ilusiones con la Agapita!...
- FLORIÁN. (Desolado.) ¡Lo que me esperaba!... (Transición.) ¡Ven aquí, María Rosa!... Y si ahora que estoy desheredado te digo que te quiero con toda mi alma, ¿me lo crearás?
- M.^a ROSA. ¡Florián!
FLORIÁN. ¡Viviremos de mi profesión!
D. PITO. ¡Menuda es!
D. JUSTO. ¡Como que gana el dinero a patadas!
M.^a ROSA. ¿No te burlas?...

FLORIÁN. ¿Cómo voy a burlarme de ti, mujer...

MÚSICA

Recitado sobre la orquesta.

... si eres ya lo que llena mi vida?

D.^a SOLEDAD. *(Saliendo por la derecha.)* ¡Así quería yo oírte hablar!

TODOS. ¿Eh?

FLORIÁN. ¡Mamá!

M.^a ROSA. ¡Señora!

D.^a SOLEDAD. Hazla tu mujer, porque se lo merece... Pero nada de matrimonios secretos. Que vaya a casarse ¡así!, del brazo de tu madre.

D. PITO. ¡Arrea!... ¿Pero esta señora es la madre? ¡Hemos metido la pata hasta aquí! *(Señalándose el cuello.)*

D.^a SOLEDAD. Y ahora vamos a dejar a este matrimonio que se hable de amor por primera vez.

(Cae un TELÓN CORTO, delante del cual quedan María Rosa y Florián.)

FLORIÁN. ¡María Rosa!

M.^a ROSA. ¡Florián! ¿Pero cuándo te has enamorado de mí?

FLORIÁN. Cuando me has despreciado. ¡En esos cinco minutos he comprendido que no podré ya vivir sin tu cariño!

CANTADO

M.^a ROSA. Cinco minutos en la vida
si de emociones están llenos,
señalarán nuestro destino...
¡Cinco minutos nada menos!

FLORIÁN. Cinco minutos te bastaron
para mi amor esclavizar...

M.^a ROSA. ¡Cinco minutos muchas veces
valen por una eternidad!

APOTEOSIS

(Al darse la luz aparece un fantástico DECORADO.)

UNA VEDET. ¡Marcad,
marcad,
manillas del reloj,
cinco minutos en mi vida
que me llenen de ilusión!
¡Marcad,
marcad,
manillas del reloj,
las horas que pasé
soñando amor!

TODAS. ¡Sueños de mujer
que me hablarán de bellas ilusiones...
etc. etc.

M.^a ROSA. (*Apareciendo con Florián.*)
¡Soñé que tu amor era mío!...

FLORIÁN. ¡Soñó que su boca besé!...

M.^a ROSA. Después, al volver a la vida,
quedóme en el alma
el eco de aquellas
palabras tan bellas
que ¡al fin! escuché.

*(La orquesta ataca los alegres compases de
la marcha y salen todos los actores.)*

TODOS. Si quieres ser feliz con las mujeres,
etc., etc.

T E L O N

FIN DE «¡5 MINUTOS NADA MENOS!»

Obras de JOSÉ MUÑOZ ROMAN

- QUERERES PRIMEROS, sainete en un acto, con música de Pompey.
EL RAYO DE SOL, sainete en dos actos, con música de Pompey y Plá.
LA SUERTE NEGRA, sainete en un acto, con música de los maestros Alonso y Acevedo.
LOS MANDARINES, pasatiempo en un acto, con música de los maestros Acevedo y Díaz Giles.
EL ROMERAL, zarzuela en dos actos, con música de los maestros Acevedo y Díaz Giles.
LA TIRANA DEL CANDIL, zarzuela en dos actos, con música de los maestros Acevedo y Díaz Giles.
LAS GUAPAS, pasatiempo en dos actos, con música de los maestros Alonso y Belda.
LA CASTAÑUELA, zarzuela en tres actos, con música de los maestros Alonso y Acevedo.
LAS LEANDRAS, pasatiempo en dos actos, con música del maestro Francisco Alonso.
LAS MIMOSAS, pasatiempo en dos actos, con música del maestro Ernesto Rosillo.
LOS LAUREANOS, pasatiempo en un acto, con música de los maestros Alonso y Acevedo.
¡ALLA PELICULAS!, comedia cómica en tres actos.
LAS FALDAS, pasatiempo en dos actos, con música del maestro Ernesto Rosillo.
LAS DE VILLADIEGO, pasatiempo en dos actos, con música del maestro Francisco Alonso.
LA POSADA DEL CABALLITO BLANCO, versión española de la opereta en tres actos de Benatzky.
LAS VAMPIRESAS, pasatiempo en dos actos, con música del maestro Ernesto Rosillo.
LAS DE LOS OJOS EN BLANCO, pasatiempo en dos actos, con música del maestro Francisco Alonso.
MUJERES DE FUEGO, fantasía en dos actos, con música del maestro Francisco Alonso.
LAS TOCAS, pasatiempo cómico lírico en dos actos, con música del maestro Francisco Alonso.
¡QUE SE DIGA POR LA RADIO!, testamentaria en dos actos, con música del maestro Francisco Alonso.
VAMPIRESAS 1940, comedia musical en dos actos, con música de los maestros Rosillo y Montorio.
LADRONAS DE AMOR, zarzuela futurista en dos actos, con música del maestro Francisco Alonso.
DOÑA MARIQUITA DE MI CORAZON, opereta cómica en dos actos, con música del maestro Francisco Alonso.
LUNA DE MIEL EN EL CAIRO, opereta en dos actos y un epílogo, con música del maestro Francisco Alonso.
UNA NOCHE CONTIGO, opereta cómica en dos actos, con música de los maestros Rosillo y Montorio.
¡CINCO MINUTOS NADA MENOS!, opereta cómica en dos actos, con música del maestro Jacinto Guerrero.

PRECIO: 6 PTAS.